



# Asamblea General

Quincuagésimo cuarto período de sesiones

**36<sup>a</sup>** sesión plenaria

Miércoles 20 de octubre de 1999, a las 15.00 horas

Nueva York

*Documentos Oficiales*

*Presidente:* Sr. Gurirab ..... (Namibia)

*En ausencia del Presidente, el Sr. Jayana (Tailandia),  
Vicepresidente, ocupa la Presidencia.*

*Se abre la sesión a las 15.10 horas.*

## **Tema 11 del programa** (continuación)

### **Informe del Consejo de Seguridad (A/54/2)**

**Sr. Hasmy** (Malasia) (*habla en inglés*): Deseo agradecer al Presidente del Consejo de Seguridad, Embajador Sergey Lavrov, de la Federación de Rusia, por su presentación sucinta y equilibrada del informe anual del Consejo de Seguridad a la Asamblea General. Mi delegación estima que el examen de este informe en la Asamblea ofrecerá una oportunidad para que los Estados Miembros de la Organización reflexionen sobre los acontecimientos relativos a la paz y la seguridad internacionales y realicen una evaluación de ellos, así como respecto de la labor del Consejo durante el período que abarca el informe.

Mi delegación acoge con satisfacción los acontecimientos positivos de la labor del Consejo, que reflejan su transparencia cada vez mayor. Estos incluyen las reuniones de información periódicas y a veces diarias de la Presidencia, a las que asisten un número cada vez mayor de Estados no miembros del Consejo, y la frecuencia creciente de los debates abiertos y de las reuniones de información abiertas, con la participación de países no miembros del Consejo. Al mismo tiempo existe una mayor voluntad por parte del

Consejo de realizar debates temáticos cada vez más amplios que aumentan la capacidad del Consejo de Seguridad para abordar los desafíos actuales relativos a la paz y la seguridad. Estos debates incluyen temas, entre otros, que se refieran a la protección de los civiles en los conflictos armados y a la provisión de asistencia humanitaria a los refugiados y otros en situaciones de conflicto. De más está decir que el haber mejorado la transparencia de la labor del Consejo ha aumentado su credibilidad ante los ojos de todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas.

Se han realizado debates serios en el Consejo y en el Grupo de Trabajo de composición abierta sobre la reforma y la reestructuración del Consejo de Seguridad acerca de la necesidad de mejorar aún más la eficacia de la labor del Consejo. El núcleo de esos debates es la importancia de mejorar el proceso de consultas del Consejo con Estados directamente involucrados en temas particulares que examina el Consejo, así como con otras partes interesadas. Claramente las consultas mejoradas servirían para dos propósitos importantes: recibir información fundamental y aportaciones de las partes interesadas, así como expresar las opiniones y posiciones del Consejo a esas partes. Esas interacciones e intercambios contribuirían ciertamente a mejorar el proceso de adopción de decisiones del Consejo.

Mi delegación y la mayoría de los miembros elegidos del Consejo, si no todos, creemos firmemente en la necesidad de que el Consejo obtenga información directa de las

partes interesadas, entre otras cosas mediante su participación directa en los debates del Consejo. Mi delegación apoya los esfuerzos tendentes a abrir las consultas oficiosas del Consejo, en las que se realiza gran parte de la labor del Consejo, a los representantes de Estados interesados no miembros del Consejo. La presencia de ministros y otros representantes de alto nivel de las partes interesadas en las consultas oficiosas, en contraposición al marco más informal de la “fórmula Arria”, enriquecería el proceso de consultas y de adopción de decisiones del Consejo. Si bien no se debería reemplazar el mecanismo de consultas bilaterales entre Estados y miembros del Consejo, que tiene sus propósitos propios, esas reuniones en consultas oficiosas entre los miembros del Consejo y los Estados no miembros interesados abrirían una vía directa de comunicación y diálogo sobre cuestiones importantes que examina el Consejo.

Respecto de la “fórmula Arria”, mi delegación quisiera que ese mecanismo, un instrumento pragmático y útil, se utilice de conformidad con el concepto original, concretamente para facilitar un intercambio de opiniones oficioso entre los miembros del Consejo y personas, organizaciones o instituciones sobre cuestiones que examina el Consejo. El representante de Venezuela, en sus cartas al Secretario General y al Presidente del Consejo de Seguridad de fecha 15 de marzo de 1999, estableció claramente el razonamiento y el propósito de la “fórmula Arria”, que lleva el nombre de uno de sus predecesores, la cual dijo que estaba encaminada a

“disponer de apreciaciones directas de individuos, organizaciones, o instituciones que ... pudiesen contribuir a una mejor comprensión de la naturaleza de la situación bajo examen” (A/53/865)

Esto revela claramente que la fórmula no tenía el propósito de que se recibiera a los representantes de Estados soberanos que son Miembros de pleno derecho de la Organización en una sala de reuniones fuera del Salón del Consejo.

Además de abrir el proceso de consultas oficiosas del Consejo, mi delegación quisiera también apoyar la utilización frecuente del mecanismo de las así llamadas “sesiones privadas” del Consejo, en las que el Consejo se reúne en sesiones oficiales privadas en su Salón para realizar un intercambio de opiniones con representantes de los Estados interesados.

Estimamos que todas estas son propuestas constructivas que servirían para abrir el proceso de consultas del Consejo. Su aprobación produciría un gran avance no sólo

para lograr que el Consejo sea más transparente y accesible al conjunto más amplio de los Estados Miembros de las Naciones Unidas, sino también para mejorar el proceso de adopción de decisiones del Consejo al encarar las cuestiones complejas y difíciles de la paz y la seguridad internacionales.

Mi delegación, como las de otros Miembros de las Naciones Unidas, está preocupada por la parálisis del Consejo respecto de algunas cuestiones importantes. En esas situaciones el Consejo pierde su credibilidad y eficacia para actuar, con graves repercusiones en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Esto también es materia de preocupación para el Secretario General, quien, en sus observaciones en la apertura del presente período de sesiones de la Asamblea General, aludió a ello en el contexto del interesante pero controvertido concepto de intervención humanitaria, que ha dado lugar a diversas reacciones por parte de los Estados Miembros, y que sin duda será objeto de nuevos debates en las próximas semanas y meses. Hemos hecho algunas observaciones preliminares sobre ese concepto, pero lo trataremos con mayor profundidad en el momento oportuno.

No puede negarse que gran parte del estancamiento y de la parálisis del Consejo está relacionada con un aspecto de su proceso de adopción de decisiones: el uso o la amenaza del uso del veto, el arma todopoderosa de los miembros permanentes. El veto fue la esencia de la inacción del Consejo ante el genocidio de Rwanda y ante la tragedia de Kosovo, que suscitó el uso de la fuerza sin la autorización del Consejo. Evidentemente, la cuestión del veto tendrá que ser abordada seriamente por todos los Miembros de la Organización, incluidos los propios miembros permanentes del Consejo, a fin de encontrar la forma de circunscribirlo o, por lo menos, administrarlo mejor, si el Consejo ha de funcionar eficazmente para evitar futuros Rwandas y Kosovos.

La sola invocación de los derechos de la Carta en defensa del veto no es válida, ya que la Carta no sólo consagra derechos, sino que también impone obligaciones y responsabilidades. Hay que esperar que se encuentre alguna forma creativa de administrar el veto en el contexto de nuestros tiempos y que sea respaldada por los miembros permanentes en su esclarecido interés propio y en el interés de toda la comunidad internacional. Frente a los numerosos y complejos desafíos que tenemos por delante, la cuestión de la eficiencia del Consejo tendrá que abordarse con carácter urgente si queremos evitar una crisis de proporciones inmanejables en el Consejo.

Otra cuestión que preocupa a mi delegación está relacionada con el uso de las sanciones. Aunque son un instrumento reconocido de coerción, estipulado en la Carta como medida de último recurso cuando han fracasado todos los medios pacíficos, las sanciones deben imponerse sólo después de un cuidadoso análisis de sus posibles repercusiones para garantizar que las sanciones que se impongan produzcan los efectos deseados sólo sobre el destinatario o los destinatarios de las sanciones y no sobre la población en general. Mi delegación respalda las deliberaciones en curso en el Consejo a fin de examinar medios y arbitrios para la aplicación y la administración eficaces de los actuales regímenes de sanciones, lo que también servirá de útil directriz a futuros regímenes de sanciones que el Consejo pueda decidir imponer cuando sea absolutamente necesario.

A mi delegación le preocupan particularmente los efectos debilitantes de las sanciones totales, como las impuestas contra el Iraq, que tienen consecuencias humanitarias sumamente graves para el común de las personas del Iraq. Hemos declarado en diversas ocasiones que la comunidad internacional y las Naciones Unidas, en particular el Consejo de Seguridad, tienen la gran responsabilidad de atenuar los sufrimientos del pueblo iraquí, aun cuando se trate de las importantes cuestiones de la paz y la seguridad en la región y de las otras delicadas cuestiones pendientes de la guerra del Golfo. Nos parece importante y necesario que el Consejo escuche en forma adecuada a los países afectados por las sanciones. Recomendaríamos a los presidentes de los comités de sanciones que, cuando sea conveniente, visiten los países objeto de las sanciones a fin de que puedan evaluar la situación sobre el terreno. También exhortaríamos al Consejo a que levante oficialmente las sanciones en cuanto dejen de ser necesarias o de requerirse jurídicamente, como, por ejemplo, en el caso de Libia. Las sanciones, como todas las armas poderosas, deben utilizarse con sumo cuidado a fin de evitar producir perjuicio a quienes no van dirigidas, lo que, lamentablemente, ocurre con frecuencia.

En lo relativo al mantenimiento de la paz, evidentemente la Organización se ha beneficiado mucho de la experiencia y de las lecciones aprendidas de misiones anteriores. Como país que aporta contingentes, Malasia acoge con beneplácito la interacción creciente y asidua con el Consejo sobre las misiones de mantenimiento de la paz en las que estamos participando. Esto contribuye a una mejor coordinación y adopción de decisiones en lo que respecta al despliegue de personal y asuntos conexos. Una cuestión de permanente preocupación desde hace algunos años se relaciona con el retraso en los reembolsos de los

gastos del mantenimiento de la paz. A menos que la situación mejore próximamente, sin duda incidirá en la capacidad y voluntad de los países en desarrollo de contribuir con contingentes a misiones futuras de mantenimiento de la paz.

Es igualmente importante que las misiones de mantenimiento de la paz se establezcan expeditivamente en respuesta a las crisis, después de que el Consejo establezca sus mandatos apropiados. En tal sentido, existe la preocupación de que las deliberaciones en el Consejo a veces se ven entorpecidas por estrechos enfoques presupuestarios de corto plazo. Esto debilitará inadvertidamente la autoridad del Consejo y la del Secretario General en relación con la planificación y realización de tales operaciones. Transmitirá a las partes afectadas un mensaje erróneo de falta de auténtico interés de parte del Consejo, y se corre el riesgo de que se vea al Consejo como un órgano selectivo en sus respuestas a las diversas situaciones de conflicto. Dado que el Consejo está considerando varias operaciones de mantenimiento de la paz en África, es importante abordar la cuestión a fin de disipar tales suposiciones.

El papel fundamental y crítico del Consejo de Seguridad en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales está bien establecido en la Carta de las Naciones Unidas. Sin embargo, al llevar a cabo su labor, el apoyo consecuente de la comunidad internacional es vital para garantizar la legitimidad de sus decisiones ante los ojos de los Miembros de la Organización que no están al corriente de las deliberaciones del Consejo. Por lo tanto, mi delegación encomia sinceramente este informe, que contribuye a una mayor comprensión de la labor del Consejo y a un mayor apoyo a esa labor. Además, brinda la oportunidad de obtener una reacción vital de los Estados Miembros. Como el mejoramiento de los métodos de trabajo del Consejo es un proceso que está en marcha, mi delegación espera que se mejore el informe sobre la labor del Consejo a la Asamblea General e incluso, cuando sea posible, se presenten informes especiales, según lo establece la Carta.

Para concluir, mi delegación quisiera expresar nuestras más sinceras felicitaciones a los cinco nuevos miembros no permanentes del Consejo. Esperamos trabajar en estrecha colaboración con ellos en el Consejo cuando asuman sus cargos el próximo año.

**Sr. Hachani** (Túnez) (*habla en francés*): La Asamblea General examina nuevamente un informe del Consejo de Seguridad, presentado de conformidad con el párrafo 3 del Artículo 24 y con el párrafo 1 del Artículo 15 de la Carta. Quisiera dar las gracias al Consejo y a su Presidente por este informe.

Al examinar el informe del año pasado del Consejo de Seguridad, mi delegación observó con interés las mejoras introducidas, particularmente la inclusión de información sobre la labor de sus órganos subsidiarios, incluidos los comités de sanciones, así como de información relacionada con la documentación, los comités de sanciones y los métodos de trabajo del Consejo. Mi delegación también expresó su agradecimiento por la nueva práctica aprobada por el Consejo que consiste en publicar, como una adición, resúmenes breves de la labor del Consejo, proporcionados por los Presidentes anteriores del Consejo. Aunque ellos no reflejen las opiniones del Consejo, por lo menos ofrecen información adicional relativa al trabajo del Consejo, en particular sobre las reuniones oficiosas y las declaraciones realizadas a la prensa. Los Estados Miembros ahora tienen una idea algo más clara de la labor de este importante órgano encargado del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

A pesar de las mejoras, a nuestro juicio el informe todavía es, en general, insuficientemente analítico o informativo, particularmente en lo que respecta a las deliberaciones y a las consultas oficiosas no abiertas a los Miembros de las Naciones Unidas que no integran el Consejo. Mi país piensa que para que sea un verdadero instrumento en pro de la interacción positiva entre los dos órganos principales de las Naciones Unidas —el Consejo de Seguridad y la Asamblea General— el informe debe ser más analítico con respecto a la labor del Consejo sobre todas las cuestiones que éste examina, a fin de que refleje la transparencia que se busca.

Mi delegación espera que el Consejo de Seguridad siga examinando las maneras de mejorar sus métodos de trabajo y sus procedimientos, entre otras cosas mediante la presentación de informes especiales tal y como se contempla en el párrafo 3 del Artículo 24 de la Carta.

Mi delegación desearía que aumentara la transparencia en la labor del Consejo y, en ese sentido, trabajará desde el seno del Consejo, en el que se desempeñará como miembro no permanente a partir de enero de 2000. Mi delegación espera, además, que las deliberaciones del Grupo de Trabajo de la Asamblea General sobre el aumento del número de miembros del Consejo y el mejoramiento de sus métodos de trabajo lleguen a una conclusión exitosa tan pronto como sea posible a fin de mejorar la representatividad del Consejo.

Un examen del informe muestra el lugar destacado que ocupan las cuestiones africanas en el programa del Consejo, en particular los debates realizados en relación con el

informe del Secretario General sobre las causas de los conflictos en África, así como la labor del Consejo en lo que respecta a la situación en ciertos países africanos. Deseamos hacer hincapié en la importancia que debería asignarse al mejoramiento de la capacidad de África en materia de mantenimiento de la paz, en coordinación entre la Organización de la Unidad Africana (OUA) y las Naciones Unidas.

El más reciente informe del Consejo de Seguridad subraya también la progresiva importancia que revisten las operaciones de mantenimiento de la paz, las cuales exigen que se mejoren y se perfeccionen constantemente las capacidades de la Organización en ese aspecto. Este trabajo comprende la aplicación integral de los acuerdos de las fuerzas de reserva de las Naciones Unidas, a los que mi país ha tenido el honor de adherirse a partir de junio de 1999, aportando así recursos a la Organización.

En cuanto a las cuestiones de índole general no relativas a un país o conflicto específico —las cuestiones humanitarias, la protección de los civiles durante los conflictos, la protección de los niños y el terrorismo internacional, entre otras— mi delegación desea destacar la importancia de mantener un diálogo interactivo entre el Consejo de Seguridad y la Asamblea General, así como de respetar los mandatos y prerrogativas de cada uno de los órganos principales de las Naciones Unidas.

Antes de finalizar, deseo referirme brevemente a la cuestión de las sanciones que impone el Consejo de Seguridad como uno de los instrumentos utilizados para mantener la paz y la seguridad internacionales. En este contexto, deseo reiterar la importancia que asignamos a cierto número de parámetros que son generalmente reconocidos por la comunidad internacional y que pensamos deben tenerse en cuenta permanentemente al imponer las sanciones: el uso de estas medidas como último recurso; la limitación de su alcance y duración; el alivio de sus efectos sobre las poblaciones civiles; y, por último, la consideración de los intereses de terceros países, de conformidad con el Artículo 50 de la Carta.

**Sr. Kastrup** (Alemania) (*habla en inglés*): El Consejo de Seguridad presenta su informe anual por quincuagésima cuarta vez. Este documento exhaustivo y extenso demuestra las numerosas actividades que ha realizado el Consejo de Seguridad durante el período en examen. El informe refleja la enorme carga de trabajo, que nuevamente ha aumentado si se compara con el año anterior. Los miembros del Consejo de Seguridad merecen nuestro respeto y gratitud por haberse hecho cargo de esta responsabilidad que les incum-

be en virtud de su carácter de Estados Miembros, de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas. Merece la pena recordar en estas circunstancias que el Consejo de Seguridad, al cumplir estas obligaciones, actúa en realidad en nombre de todos nosotros, los Estados Miembros.

Según las estadísticas, continúa la tendencia a reunirse a puertas cerradas. Las consultas oficiosas se han celebrado con una frecuencia que casi duplica la de las sesiones abiertas. A nuestro juicio, esta evolución merece examinarse con profunda atención. Hay razones comprensibles por las que el Consejo de Seguridad tiene que reunirse esporádicamente de manera confidencial a fin de que pueda llevarse a cabo un debate sustancial y profundo. Además, quisiera reconocer específicamente la voluntad de los miembros del Consejo de Seguridad de cooperar con quienes no son miembros y de proporcionarles información.

Sin embargo, existe el problema fundamental de cómo incluir a las partes involucradas antes de las consultas y de cómo hacer para que las terceras partes que tienen intereses vitales participen en las sesiones oficiosas del Consejo de Seguridad. En tal sentido, desearía señalar la loable labor del Grupo de Trabajo oficioso del Consejo en materia de documentación y otras cuestiones de procedimiento. Estos esfuerzos en pro del mejoramiento de los métodos de trabajo del Consejo complementan las deliberaciones sobre el Grupo II que se están celebrando en el Grupo de Trabajo de composición abierta sobre la reforma del Consejo de Seguridad, y debemos alentarlos firmemente para que continúen.

Esto plantea algunos interrogantes que, debemos admitir, son complejos. Por ejemplo: ¿Cómo pueden encontrarse procedimientos prácticos que consideren la necesidad de que las partes involucradas estén informadas y, al mismo tiempo, la ocasional necesidad del Consejo de Seguridad de proceder en forma confidencial? ¿Qué tipos de procedimientos serían suficientemente flexibles como para contar con ellos en casos particulares sin que por ello den la impresión de ser arbitrarios?

Sin embargo, la cuestión del acceso ha de verse no sólo desde un punto de vista jurídico o de procedimiento. Cuanto más amplia sea la base de deliberaciones del Consejo de Seguridad —es decir, cuanto mayor sea el número de países que con una causa justa o con un interés vital en juego, participen en las deliberaciones—, más sólida podría ser la legitimación democrática de las decisiones y de las resoluciones del Consejo en un mundo con cada vez más conflictos.

El Consejo, más bien, debería considerar en forma pragmática procedimientos más transparentes y, cuando fuera posible, decidirse a establecer un modelo de mayor apertura. Y lo que es importante a este respecto es que no se necesita cambiar ni enmendar ningún artículo de la Carta. El Consejo de Seguridad es, como todos sabemos, creador de su propio procedimiento. Eso significa que esto se reduce a una cuestión de voluntad política.

Quizá sea útil recordar que la reforma no consiste en documentos o estadísticas. Por razones técnicas, puede resultar útil un libro de referencias que contenga documentos y estadísticas. Es una especie de rendición de cuentas del Consejo de Seguridad ante la Asamblea General. Sin embargo, no basta con presentar un informe muy completo sobre las actividades del Consejo. Lamentablemente, en él no se hace mención de los problemas del Consejo de Seguridad ni de las dificultades que tiene para solucionarlos.

No ha disminuido el número de crisis y de conflictos en el mundo. La Memoria de este año del Secretario General describe, entre otras cosas, las numerosas cuestiones y problemas pendientes a los que el Consejo de Seguridad todavía no ha hallado respuestas y soluciones satisfactorias.

En virtud del párrafo 1 del Artículo 24 de la Carta, los Estados Miembros le han conferido al Consejo de Seguridad la responsabilidad primordial respecto del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales

“A fin de asegurar acción rápida y eficaz por parte de las Naciones Unidas”

Me pregunto si el Consejo de Seguridad está cumpliendo con su labor, habida cuenta su composición y sus métodos de trabajo actuales.

En muchos aspectos, el conflicto de Kosovo constituye un punto de inflexión. No intentaré añadirle nuevos argumentos a la cuestión fundamental de la intervención de carácter humanitario. En su contribución al debate general, el Secretario General abordó en forma equilibrada la tensión existente entre la soberanía de los Estados y la aplicabilidad universal de los derechos humanos. Pero para evitar intervenciones como la de Kosovo en el futuro, tenemos que llevar a cabo, de una vez por todas, la reforma fundamental del Consejo de Seguridad, que tanto se está demorando. El Consejo ha de adaptarse a las nuevas realidades y, sobre todo, estar en condiciones de reaccionar a las crisis y a los conflictos de hoy legítimamente y hacerlo de verdad en nombre de los Estados Miembros de las Naciones Unidas.

Recordaré las palabras que pronunció el Ministro de Relaciones Exteriores alemán, Sr. Fischer, en el período de sesiones en curso y las ideas muy concretas de su discurso. Con respecto al Consejo dijo:

“La reforma debe incluir la ampliación del número de miembros, tanto permanentes como no permanentes, así como también el fortalecimiento de sus facultades de adopción de decisiones.

En el debate sobre la reforma no debemos eludir la cuestión del derecho de veto de los miembros permanentes, cuestión de importancia fundamental para la capacidad de acción del Consejo de Seguridad.

La incorporación de la obligación de que un Estado explique a la Asamblea General la razón por la cual está vetando un proyecto de resolución haría que fuese más difícil aplicarlo, lo que representaría un progreso importante en cuanto a un uso más responsable del veto. ¿Por qué la Asamblea General no debería asumir también más responsabilidades en el futuro?”  
(A/54/PV.8, pág. 13)

Lo que tenemos que entender es que sin una reforma del Consejo de Seguridad y de sus métodos de trabajo corremos el riesgo de que se cuestione la legitimidad del Consejo y de sus acciones y, de este modo, de que tambalee todo el sistema de las Naciones Unidas.

Lo que queremos es una reforma significativa, de gran alcance y con visión de futuro, de las Naciones Unidas y de su Consejo de Seguridad, para poder solucionar los problemas del próximo siglo.

**Sr. Fonseca** (Brasil) (*habla en inglés*): Deseo expresar mi agradecimiento al Presidente del Consejo de Seguridad, el Embajador Sergey Lavrov, por su concisa presentación del informe del Consejo a la Asamblea General. Como miembro electo del Consejo, entendemos que debemos seguir esforzándonos para que el examen del informe no sea una mera formalidad. Esto debe ser la base para una mayor transparencia y responsabilidad por parte del Consejo de Seguridad. En este sentido, y teniendo en cuenta los debates en curso sobre el procedimiento y los métodos de trabajo del Consejo, el Brasil aboga por la adopción de prácticas que acerquen más a todos los Miembros de las Naciones Unidas a las labores del Consejo de Seguridad. Una buena forma de hacerlo sería la celebración de sesiones privadas con mayor frecuencia. No obstante, hay otras ideas constructivas que se están estudiando en el Grupo de Trabajo

sobre los procedimientos y la documentación y que habría que seguir de cerca.

Aprovecho esta oportunidad para felicitar a los nuevos miembros que se han elegido para integrar el Consejo: Bangladesh, Jamaica, Malí, Túnez y Ucrania. Mi delegación está convencida de que se encuentran perfectamente a la altura de las expectativas de la gran mayoría de los Miembros que los han elegido y de que, por lo tanto, se esforzarán por contribuir significativamente a la paz y a la seguridad internacionales.

Una vez más, el año transcurrido ha sido de trabajo muy intenso para el Consejo de Seguridad. Lamentablemente, esto no es motivo de alegría; por el contrario, es un signo evidente de que la comunidad internacional no ha podido crear la sociedad pacífica, justa y próspera en la que pensaban quienes redactaron la Carta. El fin del milenio no ha traído consigo el fin de los horrores de la guerra y del genocidio. Desgraciadamente, las matanzas masivas, los desplazamientos forzados, la destrucción generalizada, el pillaje y otras formas de violencia nos han recordado la cara oscura del siglo XX.

Durante el período comprendido entre junio de 1998 y junio de 1999 hemos sido testigos del estallido, la persistencia o el deterioro de situaciones de conflicto en casi todos los continentes. El desafío de tratar eficazmente las consecuencias internacionales de los conflictos internos ha estado a diario en el orden del día del Consejo. Han surgido nuevas crisis en África, en tanto que aún perduran conflictos de larga duración, como la guerra civil que lleva ya 24 años en Angola. La duración y la complejidad de los conflictos del continente africano hacen que éstos merezcan que el Consejo les preste atención urgente y constantemente.

Todavía no se ha conseguido la estabilidad en los Balcanes. La situación de Kosovo plantea un desafío enorme a la comunidad internacional. El Oriente Medio sigue siendo motivo de gran preocupación. La cuestión del Iraq continúa en punto muerto en el Consejo. Sobre Asia sigue cerniéndose la sombra de los ensayos nucleares y, en los últimos tiempos, se ha producido una escalada de la violencia en Timor Oriental. En medio de todo ello, más de 21 millones de personas —cuya situación considera “preocupante” la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados— vagan sin esperanza. Esta es la cara real y preocupante de nuestro tiempo.

Si bien todo esto es motivo de preocupación, el Consejo de Seguridad ha podido atender algunas de estas cuestiones dentro de los límites de sus responsabilidades.

Queríamos destacar algunos acontecimientos ocurridos recientemente: en la República Centroafricana, donde hace poco se celebraron elecciones presidenciales y legislativas de forma justa y ordenada; en Guinea-Bissau, en donde se están preparando las elecciones previstas para el 28 de noviembre; en Sierra Leona, en donde pronto se desplegará una operación de mantenimiento de la paz para ayudar a consolidar el proceso de paz, y en la República Democrática del Congo, en donde las perspectivas de paz han mejorado después del Acuerdo de Cesación del Fuego de Lusaka.

El Consejo de Seguridad también está dispuesto a participar en la tarea compleja de administrar la transición hacia la independencia en Timor Oriental. No debemos subestimar la importancia de que el pueblo de Timor Oriental ejerza libremente su derecho a la libre determinación. El Brasil sigue muy de cerca la situación en Timor Oriental, con quien compartimos un idioma y un legado cultural comunes. El futuro Estado de Timor Oriental dará constancia de las muchas líneas de acción que puede seguir la comunidad internacional en el marco de la Carta, es decir, el liderato demostrado por el Secretario General cuando las condiciones políticas de Indonesia ofrecieron un resquicio de oportunidad; el apoyo incondicional del Consejo de Seguridad en todas las fases del proceso; el uso de varios instrumentos diplomáticos, especialmente el criterio innovador de la misión del Consejo; el reconocimiento de que la “coalición de los dispuestos” era la mejor opción en esas circunstancias; el mandato dado por el Consejo de Seguridad a la fuerza multinacional, y la transición propuesta hacia una operación de mantenimiento de la paz, en el estricto sentido de la palabra, que todos esperamos que se dé pronto. La base jurídica de todas estas medidas se encuentra en la Carta de las Naciones Unidas, cuyo potencial todavía no conocemos del todo.

Otro buen ejemplo de las muchas posibilidades de la Carta de las Naciones Unidas es Haití. El año pasado, cuando tratamos este mismo tema, dijimos que era la única cuestión relativa a un país de nuestra región que aún se hallaba en el programa del Consejo. Nos complace hablar hoy desde una perspectiva distinta. De conformidad con las disposiciones de la resolución 1212 (1998) del Consejo de Seguridad, el Consejo Económico y Social iba a ocuparse de la cuestión de Haití en su último período de sesiones sustantivo. En la resolución 1999/11 del Consejo Económico y Social se pide al Secretario General que formule una estrategia a largo plazo en apoyo de Haití. Se podría decir que el caso de este país ha establecido un precedente útil porque las actividades de consolidación de la paz tras el conflicto se han centrado en las limitaciones económicas y

sociales subyacentes de la mayoría de las crisis políticas del mundo en desarrollo.

Durante el período en cuestión hemos sido testigos, en varias ocasiones, de cómo se intentaba hacer a un lado al Consejo de Seguridad en cuestiones relativas a la paz y a la seguridad mundiales. Durante su intervención en La Haya, con ocasión del centenario de la Primera Conferencia Internacional de Paz, el propio Secretario General destacó lo que él llamaba una tendencia lamentable a que el Consejo de Seguridad no participara en las iniciativas para mantener la paz y la seguridad. El Brasil deplora todos los casos en los que se han tomado decisiones sin la consiguiente autorización del Consejo de Seguridad. Siempre que ha sido así, se han tambaleado los cimientos del derecho internacional. La alternativa a la legitimidad que proporciona la Carta de las Naciones Unidas es un orden internacional inestable cuando el poder prima sobre la razón.

Cuando observamos el lado bueno del siglo XX, descubrimos que hay síntomas de convergencia en torno a algunos valores fundamentales. La tolerancia, la democracia, los principios humanitarios, los derechos humanos y el desarrollo sostenible son el meollo de nuestra aspiración a un sistema mundial cuya estabilidad se funde en la justicia y no en la fuerza. Ahora, nuestro difícil cometido es transformar este marco moral en instituciones que puedan servir de base a la sociedad internacional. Una vez más, la alternativa es abandonar la costumbre de que la capacidad bélica sea el principal elemento que estructure la sociedad.

**Sr. Monagas-Lesueur** (Venezuela): Mi delegación quisiera agradecer al Embajador Sergey Lavrov la presentación que hiciera del informe del Consejo de Seguridad correspondiente al período comprendido entre junio de 1998 y junio de 1999, en su capacidad de Presidente de este órgano durante el presente mes de octubre.

Venezuela sigue con el mayor interés el desarrollo de las labores sustantivas que lleva a cabo el Consejo de Seguridad en el ejercicio de sus responsabilidades, así como la evolución de sus labores en materia de procedimientos y transparencia de sus actividades.

Con relación al primero de estos ámbitos Venezuela ratifica su apoyo al Consejo de Seguridad como órgano al cual compete la responsabilidad primaria en materia de paz y seguridad internacionales. Observamos con beneplácito la importante actividad desplegada durante el año bajo análisis, que le ha permitido que la Organización efectuara un seguimiento permanente de numerosas situaciones de conflicto y desplegara sus recursos de prevención, manteni-

miento y consolidación de la paz. Esta actividad, vista tanto desde la perspectiva del número de operaciones de paz como desde la de su complejidad, subraya también la conveniencia de profundizar las discusiones relativas a la ampliación y reforma del Consejo. En la misma medida en que el Consejo multiplica sus pronunciamientos y decisiones de carácter obligatorio, en esa misma medida se acentúa la necesidad de que el Consejo refuerce su legitimidad, mediante una presencia en él de los Estados Miembros cónsona con las nuevas realidades de la Organización.

Observamos igualmente con aprecio el mayor interés del Consejo en aquellos asuntos colaterales a los conflictos armados que requieren llevarse a la atención de la comunidad internacional por la gravedad de sus alcances, tales como los niños en situación de conflicto, la protección de la asistencia a refugiados, los civiles en conflictos armados o las amenazas de actos terroristas. La Organización está llamada a propiciar medidas preventivas en estas materias. El aporte del Consejo puede y debe ser retomado por la Asamblea General en la búsqueda de soluciones generales y estables a estos problemas.

Con relación a las operaciones de paz en sí mismas, Venezuela apoya la tendencia demostrada durante el año hacia una mayor cooperación con las organizaciones regionales bajo el ámbito del Capítulo VIII de la Carta, al tiempo que no puede menos que compartir la preocupación del Secretario General, expresada en su Memoria, respecto a aquellas cuestiones en las cuales el Consejo se vio imposibilitado de actuar y delegó sus responsabilidades, creando un precedente cuyo efecto no es otro que debilitar los fundamentos jurídicos del sistema de seguridad colectiva. De igual manera deseamos ratificar nuestro interés en que el Consejo mantenga un seguimiento de las situaciones bajo examen hasta tanto se obtengan los resultados previstos y se restablezca la paz.

En materia de transparencia de las labores del Consejo, Venezuela sigue con elevado interés las mejoras introducidas en los procedimientos de trabajo y apoya, en particular, la práctica de sostener consultas con países contribuyentes de tropas, los informes orales de la Presidencia y las sesiones abiertas de interés general. De manera particular, nos felicitamos por la iniciativa de tratar in extenso la situación de los conflictos en África durante el período cubierto por el informe que nos ocupa.

Un asunto de especial relevancia que desearíamos ver profundizado es el relativo a la transparencia de las labores y a la rendición de cuentas de los órganos subsidiarios, en particular los comités de sanciones. Confiamos en que esta

materia pueda ser mejorada de manera de poder contar con apreciaciones objetivas sobre los alcances y consecuencias de los regímenes de sanciones vigentes.

Finalmente, deseamos ratificar la importancia que reviste la labor del Grupo de Trabajo de la Asamblea General sobre la reforma y ampliación del Consejo de Seguridad y hacemos un llamado al Consejo para que continúe sus esfuerzos por mejorar la transparencia en su labor y sus métodos de trabajo, incluidas las mejoras relativas a la presentación de su informe a la Asamblea General.

**Sr. Li Hyong Chol** (República Popular Democrática de Corea)(*habla en inglés*): Dado que el Consejo de Seguridad se enfrenta a desafíos cada vez mayores y que este es el último período de sesiones del siglo XX, nos pareció oportuno que las deliberaciones del tema que nos ocupa se aprovecharan para revisar todos los aspectos de las actividades del Consejo durante más de medio siglo, a la luz de la Carta de las Naciones Unidas.

Expondré ahora algunas opiniones sobre el informe del Consejo de Seguridad.

Evidentemente, tomamos nota, como hicimos el año anterior, de que ha mejorado el formato del informe con la inclusión, entre otras cosas, de una breve descripción de todas las consultas oficiosas del plenario y de las evaluaciones mensuales de las labores del Consejo de Seguridad, de conformidad con las medidas que aprobó el Consejo de Seguridad en junio de 1997. En particular, observamos que se siguen incluyendo como adición al informe los informes mensuales que, si bien tienen un contenido limitado, han ayudado a mejorar hasta cierto punto la calidad del informe y, por ello, han facilitado a los Estados Miembros la comprensión inmediata de las actividades del Consejo de Seguridad en el período en cuestión.

A pesar de estas mejoras, lamentamos decir que el informe sigue siendo una cuestión de procedimiento. Por ejemplo, el 80% de las actividades del Consejo se llevan a cabo a modo de consultas oficiosas, por lo que sería lógico que en el informe figurara información detallada y analítica sobre las consultas oficiosas del plenario.

Sin embargo, las descripciones que figuran en el informe sobre las consultas oficiosas sólo consisten en uno o dos párrafos sobre las fechas y un sumario de esas consultas. No se ofrece información sobre el proceso de deliberaciones, incluidas las opiniones de los miembros del Consejo de Seguridad sobre las cuestiones concretas que se debatieron en el Consejo.



Dado que el concepto de consultas oficiosas no se menciona ni en la Carta de las Naciones Unidas ni en el reglamento provisional del Consejo de Seguridad, no es normal que continúe ese proceso. Es más, excluir de las consultas oficiosas a las partes interesadas y no describir sus actuaciones en detalle es contrario a las peticiones de la mayoría de los Estados Miembros de que se garantice la transparencia de las actividades del Consejo de Seguridad.

Tal como han demostrado los debates que hemos celebrado hasta la fecha, la principal prioridad para garantizar la transparencia de las actividades del Consejo de Seguridad es hacer que el Consejo debata todas sus cuestiones sustantivas en reuniones públicas, limitando sus consultas oficiosas a las de procedimiento.

Es más, se debe invitar a las partes interesadas a que participen en las consultas oficiosas, así como en las sesiones oficiales del Consejo de Seguridad, de conformidad con los Artículos 31 y 32 de la Carta de las Naciones Unidas, a fin de que sus opiniones se reflejen debidamente en las deliberaciones del Consejo de Seguridad.

También quisiera mencionar algunos de los desafíos a los que se enfrenta el Consejo de Seguridad en el umbral del nuevo milenio.

Aunque ha transcurrido más de medio siglo desde que el Consejo de Seguridad comenzó su labor en la esfera del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, es lamentable que el Consejo continúe tomando medidas que son contrarias a los propósitos y principios consagrados en la Carta de las Naciones Unidas y que violan su mandato.

En 1950, en los primeros años tras la creación de las Naciones Unidas, existía cierta arbitrariedad, que condujo a la aprobación, en sesiones del Consejo de Seguridad en las que no estaban representados todos los miembros permanentes, de resoluciones que autorizaban el uso de la fuerza. Los efectos residuales de esas acciones todavía se siguen utilizando contra las Naciones Unidas.

Más recientemente, a finales del siglo XX, el mundo ha sido testigo de otros actos arbitrarios, como el uso de la fuerza militar contra Estados soberanos sin un claro mandato del Consejo de Seguridad o incluso soslayando a las Naciones Unidas.

Soslayar a las Naciones Unidas en el uso de la fuerza constituye una grave violación de la Carta de las Naciones Unidas y del derecho internacional reconocido comúnmente, ya que equivale a abandonar el compromiso de conferir al

Consejo de Seguridad la responsabilidad primordial respecto del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y de respetar los derechos soberanos de los Estados Miembros.

Si se desprecia el principio del respeto a la soberanía en las relaciones entre los Estados, inevitablemente surgirán enfrentamientos entre Estados que intentan defender su soberanía y fuerzas que intenten infringir la soberanía de otros Estados, y, en consecuencia, este mundo nunca será estable.

A fin de que las Naciones Unidas realicen una contribución al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y a la construcción del mundo pacífico al que aspira la humanidad, en primer lugar se deben respetar estrictamente los principios del respeto a la soberanía, la no injerencia en los asuntos internos de otros Estados y la igualdad mutua, estipulados en la Carta de las Naciones Unidas y en el derecho internacional.

*El Sr. Boisson (Mónaco), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.*

La soberanía es la vida de todos los países. La no injerencia en los asuntos internos de los demás y la igualdad mutua son principios fundamentales que nunca se deben violar bajo ningún concepto.

En segundo lugar, el Consejo de Seguridad no debe tomar medidas que atenten contra la soberanía de los Estados Miembros. No se deben permitir los atentados contra la soberanía de los Estados ni la injerencia en sus asuntos internos.

En tercer lugar, a fin de que se apliquen con eficacia las resoluciones del Consejo de Seguridad, se debe establecer un sistema que dé poderes a la Asamblea General para hacer suyas las resoluciones del Consejo de Seguridad relativas a cuestiones cruciales tales como el uso de la fuerza y la imposición de sanciones económicas.

Por último, el Consejo de Seguridad debe revisar la aplicación de todas las resoluciones aprobadas en el pasado y eliminar los vestigios de la guerra fría tomando medidas valientes para corregir las acciones que contravengan la Carta de las Naciones Unidas y sean inconsistentes con los tiempos actuales.

A este respecto, aprovecho esta oportunidad para recordar a todos los aquí presentes que hay alrededor de 40.000 soldados de los Estados Unidos estacionados en

Corea del Sur bajo la pretensión de ser fuerzas de las Naciones Unidas, para lo que explota su bandera y sus cascos.

Como conclusión, mi delegación espera que las propuestas constructivas sugeridas sobre las actividades del Consejo de Seguridad reciban un examen serio durante la Asamblea del Milenio y la Cumbre del Milenio que se celebrarán el año próximo.

**Sr. Ka** (Senegal) (*habla en francés*): Ante todo, deseo transmitir las felicitaciones de mi delegación al Embajador Lavrov, de la Federación de Rusia, quien, como Presidente del Consejo de Seguridad durante el mes de octubre, nos ha presentado el informe anual del Consejo de conformidad con el párrafo 4 del Artículo 24 de la Carta.

Deseo aprovechar esta oportunidad para rendir un homenaje a los miembros del Consejo por la gran calidad, pertinencia y equilibrio del informe, que reflejan de manera adecuada su compromiso y su dedicación con la paz y la seguridad internacionales, una esfera en la que el Consejo de Seguridad tiene la responsabilidad primordial.

Como queda claro en el informe, el Consejo, una vez más, ha tenido un año muy atareado debido a las muchas perturbaciones producidas en todo el mundo y a las frecuentes amenazas a la paz y la seguridad internacionales. El informe representa la suma de los esfuerzos de los miembros del Consejo y los de la Secretaría, y también constituye una etapa importante en los esfuerzos por lograr que la labor del Consejo sea más abierta y transparente.

En los últimos años se han realizado progresos para lograr una mayor transparencia en la labor del Consejo de Seguridad, y apreciamos la práctica bien establecida de proporcionar información a los Estados que no son miembros del Consejo. Mi delegación acoge con beneplácito que se celebren debates abiertos sobre varios temas que figuran en el programa del Consejo, así como las iniciativas tomadas por los Presidentes de organizar debates públicos sobre cuestiones concretas que interesan a toda la comunidad internacional.

Todos los Presidentes, durante su mandato mensual, intentan organizar un debate sobre una cuestión importante. Es una innovación que celebramos, y apoyamos firmemente esta tendencia.

De esa manera, los Estados Miembros han podido expresar sus opiniones sobre cuestiones tan importantes como las amenazas a la paz y la seguridad internacionales

causadas por los actos terroristas, la protección de la asistencia humanitaria prestada a los refugiados y a otras personas afectadas por situaciones de conflicto, el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y la consolidación de la paz después de los conflictos, la protección de los civiles en los conflictos armados, la cuestión de los niños soldados y el problema de las personas desplazadas.

En el informe del Consejo de Seguridad también ocupan un lugar prominente las crisis que convulsionan a África, el continente que en la actualidad tiene más conflictos en el programa del Consejo que ningún otro, entre ellos los de Angola, Burundi, Etiopía y Eritrea, la República Democrática del Congo, la República Centroafricana, Guinea-Bissau, Sierra Leona y Somalia.

Desde la publicación, en abril de 1998, del informe del Secretario General sobre los conflictos en África, la inestabilidad del continente ha impulsado al Consejo a examinar en varias reuniones las crisis que están afectando a África, así como las propuestas del Grupo de Trabajo especial creado para examinar las recomendaciones que figuran en ese informe. Ese Grupo de Trabajo, dirigido por el Embajador del Gabón, a quien transmito mis fraternas felicitaciones, presentó sus conclusiones al Consejo de Seguridad, quien las aprobó unánimemente en forma de resoluciones y declaraciones de la Presidencia durante septiembre y noviembre de 1998.

En esas diversas decisiones, el Consejo de Seguridad definió los principios para garantizar y salvaguardar la paz y recomendó varios medios y mecanismos diferentes para conseguirlo, como los embargos de armas, la cooperación entre las Naciones Unidas y la Organización de la Unidad Africana en cuanto a la capacidad africana de mantenimiento de la paz, la seguridad en los campamentos de refugiados, el control del tráfico ilícito de armas y el fortalecimiento de la paz mediante los esfuerzos de las organizaciones regionales. Mi delegación acoge con beneplácito los esfuerzos encomiables realizados por el Consejo para contener esos conflictos, ya que sin paz no habrá desarrollo en África.

Debemos continuar vigilando y recordar, como han recalcado los dirigentes africanos repetidas veces desde este podio, que África necesita acciones reales y no hermosas declaraciones y resoluciones. La importancia que la comunidad internacional conceda a África se medirá por acciones concretas y positivas.

En varias crisis en el continente africano, las dudas del Consejo y, con demasiada frecuencia, su falta de acción han

provocado una gran frustración en los Estados africanos. En aras de la paz y del desarrollo del continente, el Consejo de Seguridad debería fundamentalmente apoyar los esfuerzos de los africanos por fortalecer su capacidad de mantenimiento de la paz a fin de que puedan hacer frente a las situaciones de crisis.

También hemos constatado una gran tendencia por parte de los miembros del Consejo a dejar que las situaciones se deterioren hasta el punto de causar grandes pérdidas de vidas o desastres naturales a gran escala. Algunos países miembros del Consejo han declarado que prestarían más atención a los problemas africanos tras las lecciones aprendidas en Kosovo y en Timor Oriental, y en lo sucesivo ese interés se medirá por su capacidad de anticiparse a acontecimientos desafortunados en África y de tomar medidas de prevención adecuadas. Los miembros del Consejo de Seguridad tienden demasiado a reaccionar tardíamente a las crisis, y cuando tengan que hacer frente a situaciones dramáticas que afectan a África deberían reaccionar rápidamente, antes de que sea demasiado tarde. También hemos constatado que, en contraste con otras situaciones humanitarias análogas en otras partes del mundo, las respuestas a las situaciones que afectan a África se han producido con tanto retraso que cabe preguntarse si las personas en dificultades en África reciben el mismo tratamiento que las del resto del mundo.

A fin de evitar que la falta de acción del Consejo ante esas situaciones cause consecuencias graves y atente seriamente contra la credibilidad y la autoridad de ese órgano central, se debe mejorar su funcionamiento. En este contexto, quisiera subrayar y acoger con beneplácito el hecho de que existe un amplio consenso sobre algunas cuestiones esenciales, como la participación de los países no miembros en la reuniones del Consejo, el programa de trabajo del Consejo y las reuniones de información convocadas por el Presidente del Consejo para los países no miembros y los que aportan contingentes.

Debemos ir más allá y convertir en hechos esta dinámica institucionalizándola a fin de que el fomento de la paz y la seguridad internacionales en el siglo próximo se basen en un Consejo de Seguridad revitalizado, más eficaz y más transparente. A tal fin, debemos detener esta tendencia deplorable de soslayar al Consejo de Seguridad. En efecto, desde hace algún tiempo los Estados Miembros y las organizaciones regionales están tomando medidas coercitivas sin autorización del Consejo o han actuado unilateralmente en nombre del derecho de intervención humanitaria. El apoyo que las organizaciones regionales pueden proporcionar en la prevención de los conflictos o en el mantenimiento de la

paz nunca debe dispensar al Consejo de su responsabilidad primordial respecto del fomento de la paz y la seguridad colectiva.

Por consiguiente, debemos desalentar esta tendencia haciendo prevalecer las esferas de competencia definidas por la Carta a fin de que al alba de un nuevo milenio contemos con un Consejo de Seguridad que concuerde con un mundo en mutación y que, respetando la soberanía de los Estados, demuestre imaginación y determinación en la protección de los derechos humanos y la salvaguardia de la paz en todo el mundo.

**Sr. Onyia (Nigeria) (*habla en inglés*):** Es para mí un honor, y de hecho un placer, hacerme eco de las cálidas felicitaciones que mi Presidente transmitió al Sr. Gurirab, Presidente de la Asamblea General, cuando se dirigió a la Asamblea General el mes pasado. El destacado liderazgo del Sr. Gurirab ya se ha hecho notar en las deliberaciones del quincuagésimo cuarto período de sesiones, y la delegación de Nigeria le garantiza su apoyo continuo.

Damos las gracias al Embajador de la Federación de Rusia —actual Presidente del Consejo— por presentar el informe del Consejo esta mañana. También quisiera expresar nuestro agradecimiento a la Secretaría por sus esfuerzos en la publicación de este amplio informe.

Este tema del programa nos da una amplia oportunidad de examinar las muchas actividades del Consejo de Seguridad, órgano principal encargado del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, durante el período al que se pasa revista. Este debate tiene una importancia fundamental porque es la última deliberación sobre esta cuestión durante este siglo. En realidad, las actividades del Consejo de Seguridad merecen que les prestemos especial atención, ya que nos encontramos en el umbral del nuevo milenio.

Deseo encomiar al Consejo de Seguridad por sus importantes logros en la solución de conflictos en varias regiones del mundo, especialmente desde el final de la guerra fría. En África, los esfuerzos del Consejo fueron particularmente importantes para la independencia de Namibia, para el desmantelamiento del apartheid en Sudáfrica, para el fin del conflicto en Mozambique y para el apoyo al Grupo de Verificación (ECOMOG) de la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental (CEDEAO) en sus esfuerzos en pro del mantenimiento de la paz en Liberia. A pesar de esas importantes realizaciones, aún quedan otras esferas en que el Consejo de Seguridad debe demostrar un mayor compromiso y decisión en la

solución de conflictos que afligen a algunos Estados de África, como lo ha hecho en otras regiones.

Como lo ha puesto de manifiesto el informe del Secretario General sobre las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África (S/1998/318), las causas originarias de los conflictos en ese continente son variadas y complejas. Las situaciones contemporáneas de conflicto en nuestro continente revelan que son causadas por múltiples factores que se relacionan con la pobreza y los desequilibrios socioeconómicos existentes en la sociedad. Habida cuenta de esa situación, acogimos con beneplácito las reuniones que el Consejo de Seguridad celebró a nivel ministerial sobre la situación de África. De esas reuniones surgió con claridad que las soluciones duraderas para las situaciones de conflicto en África requieren iniciativas de largo alcance y soluciones que vinculen la paz, la seguridad, la buena gestión pública, el respeto de los derechos humanos y el imperio de la ley, por un lado, y el desarrollo sostenible, por otro.

El papel de la CEDEAO en el restablecimiento de la paz en Liberia y en Sierra Leona es indicativo de la importante contribución que una organización subregional puede hacer a la paz y la seguridad. El éxito del ECOMOG confirma que las iniciativas regionales de esa clase, cuando existen, tienen buenas posibilidades de lograr resultados positivos si sus esfuerzos de establecimiento y mantenimiento de la paz reciben un adecuado y pronto apoyo del Consejo de Seguridad. No obstante, este éxito se ha logrado a un costo enorme para los Estados de la subregión, particularmente para mi país. Nuestra experiencia refuerza nuestra creencia de que la CEDEAO se ha convertido en un mecanismo único para la prevención, gestión y solución de los conflictos.

Lamentablemente, hay una percepción general de que no hay una norma uniforme para reaccionar ante el estallido de conflictos en todas partes del mundo. El Consejo de Seguridad ha actuado con lentitud para responder al estallido de conflictos en nuestro continente, y cuando ha reaccionado a tiempo no ha demostrado un compromiso suficiente en términos de medidas y recursos para abordar estos problemas.

La paz es indivisible. Por lo tanto, exhortamos al Consejo de Seguridad a que coloque los conflictos de África en un pie de igualdad con los de otras regiones, porque las consecuencias de la inacción pueden ser muy catastróficas, como ha quedado ampliamente demostrado en Rwanda.

Uno de los desafíos críticos que enfrentan las Naciones Unidas, al acercarnos al nuevo milenio, es la reforma y democratización del Consejo de Seguridad. A este respecto, reiteramos la necesidad de reformar urgentemente el Consejo y sus métodos de trabajo a fin de aumentar su transparencia, legitimidad y eficacia. Nigeria ha sostenido en forma consecuente que la situación actual, en que África, con 53 Estados Miembros de las Naciones Unidas, no tiene ningún asiento permanente en el Consejo de Seguridad, es inaceptable. Además, esa reforma debe tener como resultado no sólo una mejor cooperación entre el Consejo de Seguridad y la Asamblea General sino también una mayor eficacia.

Aunque es cierto que los conflictos que afectan a África son el resultado de las condiciones políticas y socio-culturales prevalecientes, es igualmente cierto que, mientras el continente no esté totalmente integrado en el sistema económico mundial, y mientras en sus pueblos sigan haciendo estragos la pobreza, las enfermedades y la insostenible carga de la deuda, la paz y la seguridad genuinas seguirán siendo una ilusión. Por lo tanto, Nigeria exhorta a las Naciones Unidas a que adopten una estrategia más integrada en sus planes destinados a lograr una mejor prevención y gestión de los conflictos y a asegurar un desarrollo económico rápido, que son condiciones necesarias de la estabilidad, el crecimiento y el desarrollo sostenible.

Permítaseme aprovechar esta oportunidad para felicitar a los miembros no permanentes elegidos para el período 2000–2001, a saber, Bangladesh, Jamaica, Malí, Túnez y Ucrania.

En conclusión, deseo reiterar el compromiso de Nigeria de cumplir los principios y propósitos de la Carta de las Naciones Unidas, así como asegurar a la Asamblea que mi país no escatimará esfuerzos en la búsqueda de la paz y la seguridad mundiales.

**Sr. Tello (México):** En primer lugar, permítaseme agradecer al Embajador Sergey V. Lavrov, Representante Permanente de la Federación de Rusia y Presidente del Consejo de Seguridad en el mes en curso, por la presentación del informe del Consejo a la Asamblea General. Resulta especialmente satisfactorio para mi delegación que el experimento iniciado hace algunos años por el Brasil sea ya una práctica regular para la introducción del examen de este tema en la Asamblea General.

El informe del Consejo de Seguridad correspondiente al período comprendido entre el 16 de junio de 1998 y el 15 de junio de 1999, que tenemos hoy ante nosotros, contiene una cronología de las actividades formales del Consejo, así

como una recopilación de las resoluciones aprobadas y de las declaraciones presidenciales formuladas en el curso del año. Constituye un instrumento de consulta valioso para el buen bibliotecario o recopilador. En él se concentran de manera esquemática y ordenada referencias sobre la documentación, resoluciones, declaraciones y temas considerados por el Consejo en ese período.

No obstante las mejoras que año con año encontramos en la presentación de este informe, mi delegación estima que aún falta mucho por hacer para que los datos contenidos en este documento cumplan cabalmente con la obligación que tiene ese órgano de dar amplia y debida cuenta de sus actividades a los demás Miembros de las Naciones Unidas.

Deseo reiterar nuevamente que, más que la recopilación y la cronología, nos interesaría encontrar un análisis de lo ocurrido durante las deliberaciones y una exposición de las razones que fundamentaron sus decisiones. Esta necesidad no es banal. Es inherente a la obligación del Consejo de rendir cuentas a la Asamblea General.

El artículo 48 del reglamento provisional del Consejo de Seguridad establece claramente que ese órgano deberá reunirse en público a menos que decida lo contrario. La práctica ha convertido en regla general la excepción prevista en el artículo. El Consejo se reúne cada vez con mayor frecuencia a puerta cerrada, en consultas informales, un formato por cierto no contemplado en el reglamento.

En el período que cubre el informe que estamos considerando, de un total de 360 reuniones sólo 121 se realizaron públicamente y 239, es decir casi el doble, se llevaron a cabo en privado. Las reuniones públicas constituyen la única oportunidad que tenemos los 173 países que no pertenecemos al Consejo de hacer oír nuestra voz en el seno de un órgano que, por disposición de la propia Carta, debe actuar a nombre de todos nosotros. Las consultas oficiosas privadas, supuestamente concebidas para tratar cuestiones de procedimiento, son ahora el foro en el que se lleva a cabo la verdadera labor sustantiva del Consejo de Seguridad. Resulta por ello inexplicable que no se incluyan datos sobre el contenido de esas reuniones oficiosas que, de acuerdo con el propio informe, representaron aproximadamente 511 horas de trabajo del Consejo.

En los términos de la Carta, para la Asamblea General es precioso conocer la sustancia de las consultas, en las que el Consejo debate y prepara decisiones que posteriormente deben ser aceptadas y cumplidas por todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas, quienes hemos delegado

en ese órgano la responsabilidad de mantener la paz y la seguridad internacionales. De nosotros recibe su mandato y a nosotros debe responder. El proceso de rendición de cuentas es parte de cualquier proceso medianamente democrático.

Resulta elocuente el silencio del informe en el caso de Kosovo. El conflicto acaparó la atención de nuestros gobiernos y de la opinión pública gran parte de este año. Todos sabemos lo que ocurrió en las sesiones públicas del Consejo. Lo que desconocemos es lo que motivó la total marginación del Consejo en el tratamiento del conflicto. Las deliberaciones sustantivas no sólo a puerta cerrada se llevaron a cabo, sino que se limitaron en medio del más absoluto hermetismo a la confraternidad de los cinco miembros permanentes. A mi delegación le resulta incomprensible que el informe no contenga una exposición analítica de las razones que llevaron al Consejo a abdicar en favor de una alianza militar a la que pertenecen tres de sus cinco miembros permanentes, una acción contraria a las disposiciones del Capítulo VIII de la Carta.

Exhortamos a los miembros del Consejo de Seguridad a efectuar su trabajo sustantivo en público. No se trata de una concesión generosa que harían a los demás Miembros de las Naciones Unidas, sino de cumplir a cabalidad no sólo con su propio reglamento sino con el imperativo ético de la legitimidad.

No entraremos aquí en el análisis de los métodos de trabajo del Consejo, ni nos referiremos a los anacrónicos privilegios de que gozan algunos de sus miembros. Esto es objeto de examen por parte del Grupo de Trabajo encargado de la reforma del Consejo de Seguridad. Nos limitaremos a señalar que la falta de transparencia y las descomunales desigualdades que en él prevalecen han llegado a convertir al Consejo, más que en un actor y promotor de la búsqueda de soluciones a los conflictos internacionales, en un observador políticamente correcto del ejercicio del poder global.

Como lo señala el Artículo 24 de la Carta, el Consejo de Seguridad es un órgano concebido y diseñado para “asegurar acción rápida y eficaz por parte de las Naciones Unidas”. Sus facultades se refieren específicamente al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Su responsabilidad consiste en tomar las medidas necesarias con toda oportunidad a fin de evitar que las situaciones de conflicto se agraven. Si quisiéramos hacer una analogía con la estructura del Estado, el Consejo de Seguridad sería una forma del poder ejecutivo.

El Consejo de Seguridad no es un órgano deliberativo y carece de facultades para emitir disposiciones de carácter normativo de aplicación general. Eso le corresponde a la Asamblea General, el órgano más representativo de la comunidad internacional, cuya amplia competencia abarca “discutir cualesquier asuntos o cuestiones dentro de los límites de esta Carta”, como lo dispone el Artículo 10; “considerar los principios generales de la cooperación en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales”, o “discutir toda cuestión relativa al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales”, como lo establece el Artículo 11, o bien cualquier otro tema, como estipula el Artículo 13. Si se requiere acción en el marco de su competencia, intervendrá entonces el Consejo de Seguridad.

La división de competencias es clara. Si comparamos al Consejo de Seguridad con una forma limitada del poder ejecutivo, es decir, como órgano de acción, la Asamblea General es el poder legislativo, o sea el órgano de deliberación y de normatividad general.

Preocupa a mi delegación la tendencia que ha seguido el Consejo de Seguridad en los últimos años de dictar pronunciamientos de carácter general sobre temas de preocupación colectiva y de pretender convertirse así en legitimador automático de sus propias acciones. Respetemos las competencias respectivas de cada uno de los órganos principales de las Naciones Unidas. A la Asamblea corresponde deliberar y establecer normas y doctrinas sobre los problemas contemporáneos. Al Consejo le incumbe actuar en caso de crisis y, sobre todo, casuísticamente.

La delegación de México reitera que el acceso a la información es un derecho de todos los Miembros de las Naciones Unidas y no un privilegio como parecen creerlo algunos. Es obligación de los miembros del Consejo de Seguridad mantener adecuadamente informados a los demás sobre los asuntos que examina y las razones que lo llevan a tomar sus decisiones. Invitamos al Consejo, en especial a sus cinco miembros permanentes, a sumarse al proceso irreversible hacia la apertura, transparencia y reforma de los métodos de trabajo del Consejo de Seguridad, con el que mi país está plenamente comprometido, al igual que la inmensa mayoría de los Estados Miembros de las Naciones Unidas.

**Sr. Fowler** (Canadá) (*habla en francés*): El Canadá valora esta oportunidad de deliberar acerca de la labor del Consejo de Seguridad con todos los Miembros de las Naciones Unidas. Las posibilidades de diálogo entre el Consejo y aquellos a quienes rinde cuentas son demasiado escasas. Como miembro elegido del Consejo, el Canadá considera que la obligación de rendir cuentas es obvia;

hemos abogado por ello durante nuestra campaña, y en el Consejo nos hemos esforzado por demostrar la aplicabilidad de los conceptos de responsabilidad y rendición de cuentas. Siempre hemos mantenido esta posición impulsados no sólo por la ventaja inherente de contar con un Consejo más abierto, más transparente y más receptivo, sino también por consideraciones de carácter práctico relativas a la eficacia. El Consejo no puede sino beneficiarse de una interacción más estrecha con los que, a fin de cuentas, darán efecto a sus decisiones.

El tamaño del informe que obra hoy en nuestro poder evidencia el volumen sin precedentes de la labor realizada por el Consejo. El impresionante número de cuestiones relativas a la seguridad que trata el Consejo, que nos recuerda el alarmante número de conflictos que azotan el planeta, es también prueba, sin embargo, de lo activo que ha estado el Consejo desde la terminación de la guerra fría, de lo que no podemos sino alegrarnos. Asimismo, tomamos nota con satisfacción de que ha ido en aumento el número de debates sobre cuestiones emergentes de seguridad multisectorial. El Canadá se siente satisfecho de haber contribuido a esta tendencia con su iniciativa sobre la protección de los civiles en los conflictos armados. Las iniciativas de esa índole permiten al Consejo examinar importantes cuestiones relacionadas con la paz y la seguridad en un contexto más amplio y de una manera más generalizada de lo que normalmente se lo permite el tratamiento de las situaciones de crisis. Además, han hecho posible que el Consejo formulara una definición más amplia de la seguridad. En este informe se registran, además, hitos importantes en la labor del Consejo como, por ejemplo, la suspensión de las sanciones impuestas a Libia y la autorización para desplegar nuevas misiones de las Naciones Unidas en Timor Oriental y en Kosovo.

Nos sorprendieron, sin embargo, las lagunas que presenta este informe de 400 páginas. La incapacidad que demostró el Consejo durante el año transcurrido para hacer frente a ciertos problemas importantes en materia de seguridad es motivo de profunda preocupación. Las crisis en las que el Consejo se ve paralizado —ya sea porque sus cinco miembros permanentes no se ponen de acuerdo, como en el caso de Kosovo, o porque persisten profundas divisiones con respecto a ellas, como el caso del Iraq— atentan contra la eficacia del Consejo. Las divergencias políticas y de procedimiento deben superarse en pro del interés común; debe renunciarse a la utilización del veto y a la amenaza de su utilización con miras a fortalecer los esfuerzos encaminados a lograr el consenso.

La constante tendencia a permitir que las consideraciones financieras gobiernen o dominen la toma de decisiones del Consejo con respecto a la necesidad de reaccionar a las amenazas que pesan sobre la paz y la seguridad internacionales y a la forma de hacerlo es también fuente de profunda preocupación. Esta actitud con demasiada frecuencia ha dificultado la acción resuelta y ha llevado a una dependencia —demasiado a menudo de aquellos que tienen una menor capacidad de pago— en la aplicación de las decisiones del Consejo, que, por lo demás, a veces están mal definidas. No hay que permitir que la noble tradición del mantenimiento de la paz, de la que puede enorgullecerse el Consejo, se pierda a causa de la pobreza financiera, la atrofia burocrática o, simplemente, el abandono.

*(continúa en inglés)*

Además, debemos aprender de nuestros errores y reflexionar acerca de qué es lo que funciona y qué es lo que no funciona.

Los fondos fiduciarios que se establecen para financiar las fuerzas multinacionales que el Consejo autoriza para que sustituyan a las misiones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz —que se financian a través de mecanismos de prorrateo aceptados— simplemente no funcionan. En la historia reciente, no han funcionado para el Grupo de Verificación (ECOMOG) de la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental (CEDEAO) en Sierra Leona, ni han funcionado para la Fuerza Internacional para Timor Oriental. En el caso de Sierra Leona, sólo se depositaron en el fondo fiduciario 2 millones de dólares; esa suma no cubre ni siquiera tres días de las operaciones del ECOMOG. Con estos antecedentes, no hay razón para esperar que los fondos fiduciarios funcionen en la República Democrática del Congo o en ningún otro sitio.

Obviamente, la generosa contribución de 100 millones de dólares que el Japón ha aportado al Fondo Fiduciario para Timor Oriental es una excepción significativa, quizás sin parangón, pero incluso esa contribución sólo ayudará hasta cierto punto a sufragar los elevadísimos costos de esta importante operación de mantenimiento de la paz. Los países que contribuyen con contingentes tendrán que hacerse cargo de la mayor parte de los costos, y no es así como se supone que deben funcionar las cosas. El ECOMOG ha llevado a cabo un trabajo sobresaliente e ingrato en Sierra Leona —cuyo conflicto ha provocado inmensas cantidades de víctimas en penosas circunstancias—, atreviéndose a enfrentar el peligro cuando muy pocos estaban dispuestos a hacerlo, instaurando así un cierto grado de estabilidad en algunas partes del país. Nigeria —país que contribuye con

la mayor parte de las tropas y paga la mayor parte de los gastos— ha manifestado que ya no puede seguir sosteniendo esa carga. Despacharemos, no obstante, una fuerza híbrida a Sierra Leona en la que el componente del ECOMOG se financiará de nuevo pasando el sombrero, que nosotros —la comunidad internacional—, una vez más, no podremos llenar.

La realidad de las restricciones de la financiación gubernamental en casi todos los países del mundo es tal que los ingentes costos del mantenimiento de la paz, a casi cualquier escala, simplemente no pueden sufragarse con contribuciones voluntarias. Nuestros gobiernos aceptan —con distintos grados de entusiasmo— su obligación derivada de la Carta de las Naciones Unidas de pagar los costos del mantenimiento de la paz, que se prorratean oficialmente sobre la base de la escala de cuotas acordada. No han votado —y yo predigo que no lo harán— por ninguna cantidad importante de lo que nuestros ministros de finanzas considerarían como “gastos discrecionales” para las misiones de mantenimiento de la paz que no estén comandadas o autorizadas por las Naciones Unidas; en otras palabras, para misiones que no sean operaciones clásicas de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz. Esto es, después de todo, la esencia de la seguridad colectiva.

La paz y la seguridad son responsabilidades fundamentales de esta Organización. No puede ni debe subcontratarse o transferirlas a asociaciones regionales o a grupos especiales de países dispuestos a asumir los enormes compromisos que representan en materia de recursos financieros y humanos. Las organizaciones y los protagonistas regionales naturalmente continuarán desempeñando un papel importantísimo en muchas operaciones de mantenimiento de la paz, pero el mandato universal de las Naciones Unidas, siempre que sea posible obtenerlo, sigue siendo de una importancia capital teniendo en cuenta los principios sobre los que se fundó esta Organización, y debe seguir siendo nuestro objetivo en todas las situaciones en las que se requiera una acción colectiva para mantener o restablecer la paz.

Gracias a la declaración que formuló el Secretario General —muy profunda y, desde nuestra perspectiva canadiense, muy bien recibida— en la apertura del debate general de este año, se ha iniciado un diálogo entre los Estados Miembros sobre cuestiones esenciales relacionadas con la misión y el mandato de las Naciones Unidas en general, y del Consejo de Seguridad en particular, en el cumplimiento de la vocación de paz y seguridad de las Naciones Unidas. El Secretario General combinó muy bien las amargas verdades de los recientes fracasos en materia de

seguridad colectiva con una visión estimulante del futuro. El Canadá comparte plenamente esa visión, en la que la seguridad humana se sitúa en el centro de nuestro trabajo. El desafío fundamental, que esta Organización debe estar dispuesta a superar, es el de determinar los factores que habrán de tenerse en cuenta para decidir cuándo y dónde intervenir para proteger a los civiles en los conflictos armados.

En el Consejo, el Canadá ha argumentado que los principios humanitarios y los derechos humanos deben pesar más en el cálculo del Consejo de Seguridad sobre cuándo y cómo actuar, no sólo porque repercuten directamente en la ecuación de la paz y la seguridad, sino también porque son normas que deben hacerse respetar por sus propios méritos. El principio de la soberanía de los Estados y el de la seguridad humana deben reconciliarse más fácilmente en la práctica. De lo contrario, se corre el riesgo, como lo han demostrado los acontecimientos recientes, de que el Consejo quede marginado en la gestión de los conflictos de hoy.

La labor de formular una nueva definición de la seguridad debe ir acompañada de una actualización de los métodos de trabajo, una mayor transparencia y un secreto mucho menor. El Canadá y los otros miembros elegidos han contribuido a que los métodos de trabajo del Consejo se abrieran a un escrutinio más amplio a través de la celebración periódica de reuniones de información para los Estados interesados que no son miembros, y, durante la Presidencia del Canadá, se introdujo en el sitio en la Web de nuestra misión un gran caudal de información sobre las actividades del Consejo.

Opinamos que para mejorar su eficacia el Consejo debe dar mayor cabida en sus deliberaciones —oficiales y oficiosas— a la participación de los países que no son miembros, cuando ésta pueda significar una contribución útil a los esfuerzos que efectúa el Consejo para evitar y resolver los conflictos. Consideramos que el Consejo debe celebrar más debates públicos. Pensamos que el Consejo debe utilizar, en forma imaginativa e innovadora, otros formatos que vayan más allá de la “fórmula Arria”, a fin de permitir una participación más amplia de los países que no son miembros y conocer mejor sus opiniones antes de tomar decisiones de largo alcance. Las decisiones y los procedimientos del Consejo deben fortalecer la búsqueda de la paz, no las prerrogativas de los más poderosos. Esperamos que en el informe del año próximo y en los subsiguientes se registren progresos en estos frentes.

Aguardamos con interés trabajar estrechamente con los nuevos miembros elegidos del Consejo de Seguridad, que

aportarán ideas y perspectivas nuevas a nuestras deliberaciones. Naturalmente, extrañaremos a los cinco miembros salientes, que generosamente nos brindaron su asesoramiento desde el primer momento en que nos sumamos a sus filas, a comienzos de este año. Dos años no son mucho tiempo para llevar a la práctica los cambios que muchos oradores han propuesto hoy que se efectúen en los métodos de trabajo del Consejo. Sin embargo, esos cambios seguirán siendo irrealizables, a menos que de un grupo de miembros elegidos al siguiente se mantenga la presión a favor del cambio.

**Sr. Andjaba** (Namibia) (*habla en inglés*): Doy las gracias al Presidente del Consejo de Seguridad, Embajador Sergey Lavrov, de la Federación de Rusia, por su presentación elocuente y objetiva del informe de este año del Consejo de Seguridad a la Asamblea General. Como miembro no permanente del Consejo de Seguridad, Namibia atribuye una gran importancia a esta práctica, que está vigente desde hace siete años.

Del informe se desprende que en el período bajo examen se ha dedicado mucho tiempo a las cuestiones africanas. A pesar de ello, África sigue afligida por problemas apremiantes y crecientes, que requieren los esfuerzos concertados del Consejo de Seguridad y de toda la comunidad internacional.

El Consejo de Seguridad ha apoyado los esfuerzos regionales orientados a resolver los conflictos del continente. No obstante, pensamos que la solución de estos problemas no debe ser responsabilidad exclusiva de los africanos. El Consejo de Seguridad tiene que asumir su responsabilidad y no delegarla a ningún grupo regional o subregional, para que se preserve la credibilidad de ese órgano internacional.

Después de los conflictos, es importante iniciar la aplicación de medidas de consolidación de la paz. Es igualmente importante poner énfasis en la prevención y reducir al mínimo la reincidencia.

África está decidida a promover el uso de medios pacíficos para la solución de los conflictos que inundan el continente. El Mecanismo de Prevención, Gestión y Solución de Conflictos de la Organización de la Unidad Africana (OUA) es un instrumento valioso para nuestro continente, y debemos cuidarlo, apoyarlo y consolidarlo. Ese mecanismo simboliza la decisión firme de nuestro continente de asumir plenamente sus responsabilidades. Para ello, la OUA necesitará toda la cooperación de los Estados Miembros de las Naciones Unidas.



Por ejemplo, al aprobar las resoluciones 1234 (1999) y 1258 (1999), el Consejo de Seguridad ha adoptado las primeras medidas para resolver el conflicto existente en la República Democrática del Congo. Aguardamos con mucho interés el pleno despliegue de una operación de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz en ese país, a fin de que se facilite la aplicación del Acuerdo de Cesación del Fuego.

La aprobación —inminente— por parte del Consejo de Seguridad de una resolución por la que autorizaría el despliegue de 6.000 efectivos militares en Sierra Leona estabilizaría la situación y daría una oportunidad a la paz. Esperamos que esa operación de mantenimiento de la paz se despliegue rápidamente. Otras situaciones en África también deben atenderse.

El Secretario General no ha cejado en sus esfuerzos por resolver los problemas africanos. Además, el Consejo de Seguridad celebró el año pasado la reunión ministerial bienal para examinar el informe del Secretario General sobre África, en la cual y sobre la base de la cual con posterioridad se aprobaron resoluciones y declaraciones presidenciales. Abrigamos la sincera esperanza de que la Secretaría, los Estados Miembros y otros interesados sigan las recomendaciones que figuran en esas resoluciones y declaraciones.

La penosa situación de los civiles —y en particular de los niños— en los conflictos armados ha recibido la debida consideración por parte del Consejo de Seguridad. Nos reconforta que se haya reconocido el sufrimiento de esos miembros silenciosos de la sociedad, y esperamos que el Consejo de Seguridad y todos los órganos pertinentes de las Naciones Unidas perseveren en sus esfuerzos por resolver su angustiosa situación.

La reforma del Consejo de Seguridad es fundamental para su eficacia, su credibilidad y su autoridad. Si bien se ha observado una cierta mejora en el trabajo del Consejo en cuanto a la transparencia y la accesibilidad, aún queda mucho por hacer. La transparencia no dificultará la labor del Consejo; por el contrario, le dará más valor a sus actividades.

La posición de Namibia con respecto a la reforma del Consejo de Seguridad es clara. Estamos a favor del aumento del número de miembros del Consejo de Seguridad, de manera que refleje la realidad del notable aumento del número de Miembros de las Naciones Unidas, que en septiembre de este año es de 188.

Damos la bienvenida a Malí y a Túnez, miembros recién elegidos del Consejo, y deseamos dar las gracias a Gambia y al Gabón por sus invaluable contribuciones a la labor del Consejo. Esperamos asimismo trabajar estrechamente con Bangladesh, Jamaica y Ucrania en el cumplimiento de las responsabilidades del Consejo de Seguridad.

**Sr. Kumalo** (Sudáfrica) (*habla en inglés*): Es un honor hacer uso de la palabra ante los Miembros de las Naciones Unidas con relación al informe del Consejo de Seguridad (A/54/2). Quiero dar las gracias al actual Presidente del Consejo de Seguridad, Embajador Lavrov, de la Federación de Rusia, por presentar el informe. Además, quiero expresar mi agradecimiento a los miembros del Consejo de Seguridad por sus esfuerzos para presentar un informe tan completo.

El informe del Consejo de Seguridad demuestra que durante el pasado año el Consejo ha tratado de resolver una amplia gama de conflictos tanto de larga data como nuevos, cuyos efectos trágicos, especialmente sobre la población civil, y cuyo alcance y complejidad han puesto gravemente en peligro el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

El informe demuestra que la capacidad del Consejo de Seguridad e incluso su voluntad para hacer frente a los conflictos de forma oportuna, congruente e imparcial ha sido puesta a prueba de manera radical. Esta deficiencia, como señaló el Secretario General en su declaración ante la Asamblea, no es sino el reflejo de nuestra incapacidad para conciliar la necesidad de la legitimidad universal y la necesidad de defender eficazmente los derechos humanos.

Por tanto, a la vista de nuestro historial de fracasos colectivos en el pasado, especialmente en lugares de África tales como Angola, Rwanda y Somalia, es comprensible que algunos de los acontecimientos ocurridos a lo largo del último año hayan llevado a muchos, si no a la mayoría de los Miembros de las Naciones Unidas, a esperar lo peor.

Pero al mismo tiempo el Consejo siguió intentando aumentar la transparencia de su labor con diversas medidas, entre otras la celebración de más sesiones abiertas sobre una serie de cuestiones importantes. Confiamos en que esas medidas representen el reconocimiento por parte del Consejo de la importancia de mantener un diálogo constante y transparente con los Miembros en general de la Organización acerca de las cuestiones fundamentales que afectan a la paz y la seguridad mundiales.

Sin embargo, para que esa tendencia sea significativa el Consejo tiene que ir más allá de la práctica de centrarse sólo en cuestiones temáticas en los debates públicos —no estoy diciendo que éstos no sean importantes—, sino que también deben celebrarse debates periódicos y públicos sobre los medios prácticos de encarar conflictos concretos y, lo que es más importante, conflictos potenciales.

En resumen, el Consejo necesita consultar con todos los Miembros de las Naciones Unidas de forma periódica. No nos parece buena la alternativa de seguir con el enfoque de dejar las cosas como están.

En este contexto, no nos inspiran mucha confianza las múltiples ocasiones en que, durante el año pasado, el Consejo pareció incapaz de hacer frente coherentemente a cuestiones conflictivas. Me refiero a las muchas controversias que caracterizaron el enfoque del Consejo en cuestiones como las de Kosovo, las sanciones a Libia, el estancamiento respecto al Iraq, la caída en la violencia en Timor Oriental y las guerras convencionales en África —las más grandes desde que terminó la segunda guerra mundial— entre Eritrea y Etiopía y en la República Democrática del Congo y en su vecindad.

Dado este entorno, muchos Miembros comenzaron otra vez a poner en duda legítimamente la actual pertinencia y capacidad del Consejo de Seguridad y el carácter ilógico y patriarcal de su composición actual y de la distribución de poderes.

El Presidente Mbeki subrayó estas mismas preocupaciones en su intervención del mes pasado ante la Asamblea General, cuando dijo:

“el requisito de que las Naciones Unidas intervengan para prevenir el estallido de hostilidades impone a la Organización la obligación de que los gobiernos y los pueblos la consideren un interlocutor y pacificador imparcial.” (*A/54/PV.4, pág. 10*)

Sin embargo, me complace decir que ha habido algunas señales prometedoras. Los acontecimientos y los logros positivos de Kosovo y Timor Oriental se han visto acompañados por nuevos signos alentadores de que el Consejo de Seguridad tal vez tenga la intención de enfocar otros conflictos, especialmente en África, con el nivel necesario de atención y de determinación, junto con un mandato apropiado, todo lo cual resultó esencial al encarar las cuestiones de Kosovo y de Timor Oriental.

Esta nueva tendencia positiva del Consejo, si se permite que pase de las palabras a la acción, es una respuesta constructiva y apropiada a la determinación similar de África y de sus organizaciones regionales y subregionales de hacerse cargo de su propio destino a través de la intervención regional para resolver los conflictos en Sierra Leona, en la República Democrática del Congo y en Burundi.

Todo lo que pedimos, con bastante razón, es que las Naciones Unidas apoyen esos empeños autóctonos de modo colectivo, adoptando medidas apropiadas y significativas en el momento oportuno y según lo determinado por el continente. Es de importancia especial que las actividades sinceras de la región para la prevención y solución de los conflictos reciban después el apoyo de un mandato apropiado del Consejo de Seguridad.

Sudáfrica confía en que en los próximos días, semanas y meses este nuevo diálogo que está surgiendo entre el continente africano y el Consejo de Seguridad siga manteniéndose y sea fundamental para llevar una paz duradera a Sierra Leona y a la República Democrática del Congo, así como a otros conflictos que se están aún encarando en el continente.

Por nuestra parte, los africanos estamos tratando de velar por que la búsqueda de soluciones autóctonas a los conflictos en las regiones africanas se vea acompañada de iniciativas locales para fortalecer el carácter democrático de las instituciones nacionales y regionales, la cultura del respeto de los derechos humanos y las esferas conexas de una mejor gestión pública y de políticas sostenibles para el desarrollo económico y social.

Abrigamos la esperanza de que, si las relaciones actuales entre el Consejo de Seguridad y los Estados Miembros se caracterizan por un nuevo espíritu de cooperación y rendición de cuentas, ese mismo espíritu se manifieste en el debate sobre la reforma de la composición y los métodos de trabajo del Consejo de Seguridad durante el año próximo.

Nuestros éxitos o fracasos futuros en la prevención y terminación de los conflictos dependerá considerablemente de la voluntad y acción colectiva de los Miembros de las Naciones Unidas y, en particular, del hecho de que el Consejo de Seguridad represente de manera apropiada a todos los Miembros de la Organización.

Como declaró el Presidente Mbeki, se requerirá “valor moral e intelectual” para hacer frente a ese desafío.

**Sr. Kolby** (Noruega) (*habla en inglés*): Mi delegación acoge con beneplácito esta ocasión de estudiar el informe del Consejo de Seguridad presentado a la Asamblea General sobre el período comprendido entre el 16 de junio de 1998 y el 15 de junio de 1999. Expresamos nuestro agradecimiento al Embajador Sergey Lavrov, Presidente del Consejo de Seguridad durante el mes actual, por su excelente presentación del informe.

El informe anual refleja las amplias actividades del Consejo de Seguridad en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Durante el decenio pasado, hemos visto cómo la comunidad mundial se volvía cada vez más hacia las Naciones Unidas en busca de soluciones, de lo cual se congratula mi país. La seguridad internacional colectiva depende del compromiso de los Estados Miembros para con la cooperación multilateral y de su respeto a la responsabilidad primordial del Consejo de Seguridad de prevenir los conflictos y conservar la paz.

La Asamblea General, por su parte, tiene un interés legítimo en estar plenamente informada de las actividades del Consejo. El informe anual debe ser lo más informativo posible. Noruega agradece los esfuerzos para que el informe sea cada vez más fácil de leer y más útil para los Miembros de la Organización en general. Alentamos al Consejo a proseguir con estos esfuerzos.

Hay que respetar la división del trabajo entre la Asamblea General y el Consejo de Seguridad, tal como está establecida en la Carta. No debe hacerse nada que reduzca la capacidad del Consejo de cumplir de forma eficiente con su responsabilidad primordial de mantener la paz y la seguridad internacionales. Al mismo tiempo, es evidente que las cuestiones de la paz y la seguridad están estrechamente vinculadas a cuestiones que son responsabilidad de la Asamblea General. El Secretario General ha puesto de relieve con toda razón los nexos existentes entre los esfuerzos de las Naciones Unidas en pro de la paz y el desarrollo, así como la necesidad de coordinar los diversos órganos de las Naciones Unidas.

La Asamblea General es responsable de esferas vitales tales como la reducción de la pobreza, la asistencia para el desarrollo, el establecimiento de la paz, los derechos humanos y el desarrollo. Estas cuestiones son cruciales para entender y abordar las causas profundas de los conflictos. Por tanto, Noruega recalca la necesidad de un enfoque integral, que entrañe una estrecha colaboración entre la Asamblea General y el Consejo de Seguridad.

Noruega siempre ha resaltado la importancia de mejorar la transparencia y la apertura en la labor del Consejo de Seguridad. Se han logrado realmente progresos en los últimos años. Acogemos con beneplácito el establecimiento de prácticas formales e informales para compartir la información con los países que no son miembros del Consejo. Noruega agradece la práctica de celebrar debates abiertos de orientación sobre cuestiones importantes del programa del Consejo. Esos debates deben servir para que el Consejo en sus deliberaciones tenga en cuenta las opiniones de los Miembros de las Naciones Unidas en general.

Mi país quiere reiterar su apoyo a la idea de que el Consejo estudie la organización de reuniones ampliamente informativas —tales como las reuniones para recibir información de la Secretaría o de los Representantes Especiales del Secretario General— como sesiones abiertas, en lugar de consultas del plenario. Desde luego, eso no impediría la posibilidad de que el Consejo, después de esas sesiones informativas, celebrara consultas a puerta cerrada sobre la cuestión en examen.

La transparencia y la apertura son cuestiones especialmente importantes cuando se trata de operaciones de mantenimiento de la paz que entrañan la participación de fuerzas y personal de un gran número de países que no son miembros del Consejo de Seguridad. Todas las naciones que contribuyen con tropas, incluidas las que participan con personal civil en operaciones multidimensionales, tienen un derecho legítimo en la cuestión y se les debe consultar al examinar esas operaciones. Antes de considerar el mandato de las operaciones, todos los posibles contribuyentes deben tener la oportunidad de dar su opinión. Noruega agradece los mecanismos establecidos a ese fin. Corresponde a todos los miembros del Consejo y a los países que contribuyen con tropas hacer uso pleno de esos mecanismos.

Las organizaciones regionales y subregionales se han convertido en los últimos años en instrumentos cada vez más importantes en los esfuerzos de las Naciones Unidas para promover la paz y la seguridad internacionales. En los Balcanes, las Naciones Unidas están trabajando junto con la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN), la Unión Europea y otras organizaciones en el restablecimiento de la paz y la estabilidad. Como Presidente en ejercicio de la OSCE durante este año, Noruega ha tratado de establecer unas relaciones más estrechas con el sistema de las Naciones Unidas, así como una interacción más íntima entre las diversas organizaciones que participan en el mantenimiento de la paz y en la consolidación de la paz después de los conflictos en la zona de la OSCE.

En África la Organización de la Unidad Africana (OUA) y organismos regionales tales como la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo (SADC) y la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental (CEDEAO), entre otras, desempeñan un papel vital como socios de cooperación que complementan los esfuerzos de las Naciones Unidas en pro de la paz y el desarrollo. Noruega se enorgullece de estar trabajando estrechamente con esas organizaciones y con los gobiernos nacionales para la gestión de los conflictos y la cooperación para el desarrollo en África. Es esencial que el Consejo de Seguridad siga participando plenamente en la solución de los conflictos del continente africano, dando así impulso al progreso que se ha observado en varias esferas.

El Consejo de Seguridad sigue siendo el centro de la búsqueda por la comunidad internacional de la paz y la seguridad duraderas para las naciones del mundo. Así es como debe ser. Al entrar en el nuevo siglo, es de vital importancia para todos los Miembros de las Naciones Unidas que la autoridad del Consejo siga siendo firme y que no se menoscabe. Desde luego el Consejo de Seguridad puede contar con el pleno compromiso y apoyo de Noruega.

**Sr. Nejad Hosseinian** (República Islámica del Irán) (*habla en inglés*): Quiero sumarme a los oradores que me han precedido y expresar mi agradecimiento al Embajador Sergey Lavrov, Representante Permanente de la Federación de Rusia y Presidente del Consejo de Seguridad durante el mes de octubre de 1999, por presentar el informe del Consejo de Seguridad a la Asamblea General.

Mi delegación acoge con beneplácito la oportunidad de que los Miembros de las Naciones Unidas en general debatan y examinen la labor del Consejo de Seguridad. Como órgano de las Naciones Unidas que tiene la responsabilidad primordial respecto del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, responsabilidad que le han conferido los Miembros de las Naciones Unidas en general, el Consejo de Seguridad desempeña un papel clave que afecta directamente a los intereses de todos los Estados Miembros.

La Asamblea General está ahora estudiando el informe del Consejo no sólo de conformidad con el párrafo 1 del Artículo 15 y con el párrafo 3 del Artículo 24 de la Carta, como se señala en la introducción del informe del Consejo, sino también a la luz del párrafo 1 del Artículo 24 de la Carta. Dicho párrafo establece que la responsabilidad primordial de mantener la paz y la seguridad internacionales no es un derecho inherente del Consejo, sino una responsabilidad que le confieren los Miembros de las Naciones

Unidas, y establece que éstos, en la atmósfera que prevalece hace 54 años, acordaron que reconocen que el Consejo de Seguridad actúa a nombre de ellos al desempeñar las funciones que le impone aquella responsabilidad.

Por tanto, como miembro de la Asamblea General, atribuimos gran importancia a este tema del programa, pues a todos y cada uno de los Miembros de las Naciones Unidas les gusta saber no sólo lo que hace el Consejo de Seguridad en su nombre, sino también por qué y cómo lo hace. Lamentablemente, el informe de 476 páginas contenido en el documento A/54/2, que abarca el período comprendido entre el 16 de junio de 1998 y el 15 de junio de 1999, nos dice solamente lo que el Consejo de Seguridad ha hecho. En el informe hay muy poco, si es que existe algo, análisis o tratamiento de las lecciones aprendidas, a pesar de los reiterados llamamientos de los Miembros, que únicamente quieren estar mejor informados.

El informe sigue siendo en su mayor parte una compilación de documentos. Es necesario que contenga información sobre las consultas oficiosas del plenario, donde se toman las decisiones más importantes. Debería incluir no sólo las fechas y los temas de cada consulta oficiosa sino también un breve resumen de las deliberaciones.

Las consultas oficiosas que tienen lugar entre los miembros del Consejo sobre cuestiones fundamentales para la paz y la seguridad del mundo a veces tienen repercusiones muy directas e importantes sobre los intereses fundamentales de otros Estados. Estas consultas constituyen normalmente la base de las resoluciones y declaraciones del Consejo de Seguridad, con muy poco aporte de los Miembros en general. Naturalmente, reconocemos la necesidad de la rapidez, la eficacia y, a veces, el carácter confidencial en la adopción de decisiones del Consejo de Seguridad. Sin embargo, estas consideraciones no justifican una interpretación muy estrecha del Artículo 31 de la Carta, por el cual se excluye a los Estados Miembros interesados de contribuir al proceso de adopción de decisiones del Consejo o, lo que es aún peor, se les niega el acceso a información oportuna e importante acerca de las decisiones del Consejo y de sus procesos de elaboración y aplicación.

Esto no significa negar el hecho de que durante los últimos pocos años, el Consejo ha adoptado una serie de iniciativas para hacer que sus métodos de trabajo y su informe sean más transparentes e informativos. Celebramos y alentamos estos esfuerzos, a pesar de que no los consideramos suficientes.

Nos satisface ver que en el informe se incluyen muchas evaluaciones mensuales de la labor del Consejo de Seguridad efectuadas por los sucesivos Presidentes de ese órgano. Estas evaluaciones complementan el informe de una manera muy útil. Esperamos que sigan realizándose todas las evaluaciones presidenciales mensuales y que ellas se basen menos en la descripción y más en valoraciones conceptuales y analíticas de la labor del Consejo de Seguridad.

La realización de reuniones oficiosas de información a cargo de la Presidencia del Consejo para los Estados que no integran el Consejo al término de cada reunión oficiosa es una medida encomiable. Creemos que esta medida positiva puede fortalecerse y resultar más útil si se le proporciona alguna estructura y uniformidad. Actualmente, parece existir un ciclo vicioso. El bajo nivel de asistencia de representantes de los Estados Miembros constituye una falta de incentivo para que el Presidente del Consejo de Seguridad acuda a la reunión oficiosa de información, pero, por otro lado, los representantes de los Estados Miembros pierden interés cuando el Presidente del Consejo de Seguridad o su representante no asisten o suministran poca información. Mi delegación desea reiterar su sugerencia, presentada en los debates realizados sobre esta cuestión en los dos últimos años, de que las reuniones oficiosas de información del Presidente del Consejo de Seguridad se publiquen en la forma de un comunicado de prensa el mismo día o al día siguiente y que se haga referencia a ellas en el informe anual del Consejo.

Hace dos años, el 29 de octubre de 1997, cuando considerábamos este tema en la Asamblea General, mi delegación planteó una cuestión con respecto a la cobertura brindada a la labor del Comité de Estado Mayor. Deseo observar que en el informe de este año se dedican 26 líneas a los trabajos de ese Comité, lo cual, en comparación con los informes de los dos últimos años, muestra un incremento de alrededor del 600%. Consideramos que este es un primer paso en la dirección correcta.

El Consejo de Seguridad enfrentó un considerable grado de conmociones durante el año transcurrido. La tragedia humana en Kosovo constituyó una prueba para el Consejo de Seguridad con respecto a nuestro mundo cambiante. Puede no ser forzado sugerir que incluso los miembros permanentes del Consejo de Seguridad no están demasiado conformes con el desempeño del Consejo, para no hablar de la generalidad de los Miembros de las Naciones Unidas, que en gran proporción consideran que el Consejo de Seguridad no cumplió con la responsabilidad que le incumbe en virtud del Capítulo VII de la Carta y que en

lugar de ello la transfirió a una alianza militar internacional. Este debe ser un llamado de atención para todos nosotros: si el Consejo de Seguridad no se actualiza y democratiza, entonces el concepto de seguridad colectiva contenido en la Carta está destinado a ser puesto en tela de juicio una y otra vez en el futuro; de esta manera, el Consejo de Seguridad será incapaz de llevar a cabo la responsabilidad que los Estados Miembros inicialmente le confirieran.

La clave del problema radica en la práctica anacrónica y antidemocrática del veto. En nuestra opinión, la experiencia del Consejo de Seguridad en el año transcurrido —especialmente en Kosovo, debido a sus consecuencias fundamentales sobre la autoridad y credibilidad del Consejo— justifica que el Consejo de Seguridad presente un informe especial a la Asamblea General en virtud del Artículo 15 de la Carta. En ese informe se deben examinar los problemas con los cuales el Consejo se enfrentó, el estancamiento y las razones que lo motivaron y la forma en que el Consejo prevé resolver una situación similar en el futuro. La posición de mi delegación sobre la cuestión del veto ha sido expuesta en la posición del Movimiento No Alineado, que se encuentra a consideración en el comité especial que trata la reforma del Consejo de Seguridad.

Otra cuestión importante que se relaciona con la experiencia del Consejo en Kosovo y que mereció un lugar destacado en la declaración del Secretario General es la que se refiere a la intervención humanitaria. Es una perogrullada decir que la comunidad internacional no puede ni debe permanecer alejada de los derramamientos de sangre y de las violaciones masivas de los derechos humanos cuando tienen lugar dentro de las fronteras de un Estado. Sin embargo, dado que la soberanía de los Estados continúa siendo la piedra angular de las relaciones internacionales basadas sobre el derecho, debe tenerse cuidado de que el concepto de la intervención humanitaria no se debata en una atmósfera en la cual no se pueda dar cabida a un proceso verdaderamente deliberativo y en el que todos los Estados no puedan contribuir de manera adecuada a su perfeccionamiento.

**Sr. Singhvi** (India) (*habla en inglés*): Permítaseme a mí y a mi delegación expresar nuestro reconocimiento al Presidente del Consejo de Seguridad por la presentación del informe de ese órgano. También queremos aprovechar esta oportunidad para felicitar a Bangladesh, Jamaica, Malí, Túnez y Ucrania por su designación como miembros del Consejo de Seguridad. Elegidos por la Asamblea General sobre la base de los criterios establecidos en el Artículo 23 de la Carta, los miembros no permanentes ayudan a hacer que el Consejo de Seguridad sea un poco más representativo

y el sistema, con todas sus deficiencias, un poco menos imperfecto.

La Carta aclara ampliamente que el Consejo de Seguridad es uno de los órganos principales de las Naciones Unidas y que se le ha encomendado la responsabilidad primordial en cuanto al mantenimiento de la paz y la seguridad en nombre de todos los Miembros de las Naciones Unidas. Este es el motivo por el cual el párrafo 3 del Artículo 24 y el Artículo 15 de la Carta requieren que el Consejo de Seguridad presente, y la Asamblea General reciba y considere, informes anuales y especiales. La presentación del informe anual del Consejo de Seguridad a la Asamblea General para su consideración establece el nexo constitucional de la responsabilidad del Consejo de Seguridad ante la Asamblea General, a pesar de que, por razones obvias, la responsabilidad primordial por el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales le es conferida al Consejo de Seguridad por la Carta, lo cual le otorga un lugar de privilegio a sus miembros.

El otorgamiento de esa responsabilidad primordial tiene que considerarse teniendo en cuenta la composición del Consejo de Seguridad, la elección de todos los miembros no permanentes en la Asamblea General, la disposición de la Carta de que el Consejo de Seguridad actúa en nombre de todos los Miembros y la norma fundamental sobre la rendición de cuentas bajo la forma de la presentación de informes a la Asamblea General para su consideración. Estos informes son el eslabón que vincula al Consejo de Seguridad con la Asamblea General. Un análisis del instrumento orgánico de las Naciones Unidas demuestra que la principal y penúltima responsabilidad del Consejo de Seguridad se vincula con la consideración de su informe en la Asamblea General. Por lo tanto, instamos al Consejo de Seguridad a que en cumplimiento de esa responsabilidad principal se limite estrictamente al mandato contenido en la Carta, responda a los comentarios y las deliberaciones que surjan en la Asamblea General y sea transparente desde el punto de vista de los procedimientos. El fiel acatamiento de estas normas puede asegurar y fortalecer una saludable relación constitucional entre los dos principales órganos, a saber, la Asamblea General y el Consejo de Seguridad.

La Asamblea General incorporó esas normas en su resolución 51/193, de 1996, que fue aprobada con el propósito de mejorar los procedimientos de presentación de informes del Consejo de Seguridad. En esa resolución, la Asamblea General pidió al Consejo de Seguridad que incluyera, entre otras cosas, información sobre las consultas del plenario celebradas con anterioridad a la adopción de decisiones o a las deliberaciones del Consejo de Seguridad

sobre cuestiones que competen a su mandato y sobre el proceso que llevó a la adopción de esas medidas; que indicara en qué medida ha tenido el Consejo de Seguridad en cuenta, para adoptar decisiones, las resoluciones de la Asamblea General sobre cuestiones que competen tanto a la Asamblea como al Consejo; y que reforzara aún más la sección del informe relativa a las medidas adoptadas por el Consejo para mejorar sus métodos de trabajo.

A pesar de que se han introducido algunos cambios, que acogemos con beneplácito, el informe del Consejo que ahora se examina no ha seguido totalmente la letra y el espíritu de la resolución 51/193, de 1996. Como resultado, la Asamblea General, que en virtud de la Carta es la que debe considerar el informe, se encuentra frente a una grave desventaja. El examen del informe en la Asamblea General no es un ritual vacío; por ello reiteramos el motivo fundamental y la necesidad apremiante de introducir mejoras adicionales en los procedimientos de presentación de informes.

El problema de un sistema de presentación de informes inadecuado e insatisfactorio se encuentra agravado por el hecho de que el Consejo de Seguridad recurre al sistema de reunirse a puertas cerradas no como una excepción rara u ocasional, sino más o menos como norma. Una sesión privada en circunstancias extraordinarias podría tener cierta justificación, pero cuando asume la forma y la frecuencia de un hábito que causa adicción, viola el principio de transparencia y apertura, que es el motivo fundamental de nuestra era. El reglamento provisional del Consejo no aprueba esta práctica. El artículo 48 dispone que el Consejo de Seguridad se reunirá de forma pública a menos que decida otra cosa. La interpretación simple del artículo es que de manera ordinaria, el Consejo de Seguridad se reunirá en sesión pública a menos que decida otra cosa por buenas y apremiantes razones. La mayor parte de las veces no existen esas razones apremiantes; no obstante, los frecuentes y persistentes desvíos de la norma de reunirse en sesión pública se han convertido en rutina.

Los pueblos del mundo, en cuyo nombre se proclamó la Carta, tienen derecho a saber. Los Miembros de las Naciones Unidas, grandes y pequeños, tienen derecho a saber. De ello se desprende que necesitamos mucha más claridad, un nuevo nivel y calidad de sinceridad y un nuevo sentido de rendición de cuentas para abarcar y legitimizar el poder y la responsabilidad. Deliberar a puertas cerradas y anunciar las conclusiones oficiales al mundo en general no es ya un procedimiento aceptable para la sociedad abierta hacia la cual el mundo se encamina.

Esta cuestión ha sido planteada durante las deliberaciones en el Grupo de Trabajo de composición abierta de la Asamblea General sobre la reestructuración del Consejo de Seguridad y en debates anteriores sobre el informe del Consejo. Tanto los que no son miembros del Consejo como sus miembros no permanentes se han quejado en el pasado de una falta de transparencia en las labores de ese órgano. Recuerdo de las actas de las deliberaciones del año pasado que la necesidad de mejorar la transparencia fue recalcada y reconocida por representante tras representante. Se convino en que la transparencia se aplicaba no sólo a la forma en que el Consejo lleva a cabo sus tareas sino también a la manera en la que su trabajo se informa y registra y en que debía corregirse el desequilibrio entre las sesiones abiertas del Consejo y el uso mucho más frecuente de las consultas oficiosas del plenario. La cuestión ha sido debatida durante mucho tiempo, pero no se vislumbra ningún verdadero progreso a pesar del consenso que una vez más caracteriza al debate de este año.

Podría añadir que el principio de la necesidad de transparencia se aplica no sólo a las deliberaciones del Consejo sino también a la labor de sus órganos subsidiarios, a fin de evitar la clase de debate divisivo que observamos el año pasado con respecto al funcionamiento de la Comisión Especial de las Naciones Unidas en el Iraq.

Más allá de los defectos en los procedimientos de presentación de informes y en las reuniones celebradas a puertas cerradas, hay una falla subterránea más profunda, una enfermedad que apunta a la pérdida de la visión moral y del carácter democrático distintivo de la representación en el Consejo de Seguridad. Muchos de los problemas que enfrentamos hoy se deben a la forma en que está estructurado el Consejo de Seguridad. Puede demostrarse que la estructura y composición del Consejo de Seguridad no tienen relación con las realidades sobre el terreno y ya no satisfacen las aspiraciones y las expectativas de los Miembros y de la comunidad internacional. La solución consiste en reformar y reestructurar al Consejo de manera completa. La incorporación de países en desarrollo como miembros permanentes haría que el Consejo fuese más representativo y pertinente y tuviese más vitalidad. También haría que fuese más eficaz, por cuanto las medidas del Consejo tendrían el apoyo de un espectro mucho más amplio de la comunidad internacional. Haremos comentarios detallados sobre esta cuestión durante el debate sobre el tema del programa titulado "Cuestión de la representación equitativa en el Consejo de Seguridad y del aumento del número de sus miembros y cuestiones conexas". Baste decir que la reestructuración del Consejo de Seguridad es un imperativo moral y una necesidad práctica. Nos desalienta encontrar

que hay una demora sin sentido en la materialización de las ideas fundamentales de la reestructuración. El peligro radica en que la demora en la reestructuración puede hacer que el sistema sea menos pertinente y menos eficaz y que de alguna manera esté moribundo. Este es el motivo de la urgencia de la reestructuración.

El Consejo de Seguridad ha expresado correctamente una grave preocupación con respecto a las consecuencias del terrorismo sobre la paz y la seguridad internacionales. Afortunadamente, la resolución aprobada ayer por el Consejo de Seguridad demuestra esa preocupación como primera medida y como posible punta de lanza de una acción con un fin determinado. Felicitamos al Consejo de Seguridad por su decisión de librar una lucha común contra el terrorismo en todas partes. Estamos de acuerdo con la opinión de consenso del Consejo de Seguridad exteriorizada en la reunión de ayer en el sentido de que no debemos dejarnos convencer por argumentos falsos precisamente respecto de las causas justas y de las reivindicaciones acerca del carácter supuestamente político de los actos de terrorismo. Esperamos que estemos avanzando en dirección de un régimen mundial para proscribir efectivamente el terrorismo, sean cuales fueren sus pretensiones y excusas.

El espectro del terrorismo acompaña y amenaza hoy a la propia civilización. Pone en peligro nuestro futuro común. El terrorismo organizado que utilizan como instrumento de política algunos Estados y el terrorismo perpetrado por individuos y grupos extraviados plantean un peligro claro y actual para la paz y la seguridad internacionales. Los terroristas son financiados, respaldados, capacitados, estimulados, asistidos y utilizados por los gobiernos que fomentan grupos e individuos terroristas y les proporcionan protección, patrocinio bajo tácticas clandestinas y refugios seguros. Ese terrorismo patrocinado por el Estado no tiene absolutamente lugar alguno en las relaciones internacionales contemporáneas. Con frecuencia existe solamente una delgada línea divisoria entre las tropas de los Estados que patrocinan el terrorismo y los intrusos, infiltrados, saboteadores y mercenarios terroristas, a los que se utiliza inescrupulosamente. El objetivo de este terrorismo patrocinado por el Estado consiste en desestabilizar a otros países y gobiernos, en inexcusable violación de la cortesía entre las naciones y de las convenciones del derecho internacional sobre las relaciones de amistad entre las naciones soberanas. Pone en peligro la paz y la seguridad internacionales.

El Consejo de Seguridad debe dar muestras de voluntad política para encarar y combatir este problema. Con ese fin la comunidad internacional debe preparar ahora una convención mundial y un programa detallado de acción para

luchar contra el terrorismo y destruirlo, facilitando la extradición e impidiendo y castigando el terrorismo sea donde fuere.

El Afganistán sigue siendo una fuente de las más profunda ansiedad para la paz y la seguridad en el mundo. Nuestras simpatías están dirigidas al pueblo del Afganistán, que padece un dolor extremo como consecuencia de un conflicto, de un enfrentamiento y de una crisis de carácter trágico. No tenemos que ir muy lejos en la búsqueda de las causas de esa tragedia. En ese clima de intensa hostilidad y de desconfianza generalizada, la comunidad mundial tiene un papel vital que desempeñar. Vemos con agrado la reciente decisión del Consejo de Seguridad en relación con el Afganistán, la cual hay que seguir de cerca con regularidad, persistencia y determinación. El Consejo de Seguridad repetidamente ha expresado su grave preocupación por los acontecimientos ocurridos en el Afganistán y destacado la necesidad de un arreglo político por medios pacíficos. Sin embargo, haciendo caso omiso de la opinión y de los mandatos del Consejo, los talibán lanzaron otra ofensiva en julio. El Consejo, mediante la aprobación de la resolución 1267 (1999) la semana pasada, ha dado otra oportunidad a los talibán para que pongan fin a su apoyo al terrorismo internacional. Confiamos en que escuchen la voz de la comunidad mundial y rogamos para que lo hagan, a fin de que la miseria y los sufrimientos del pueblo del Afganistán se vean aliviados. Desafortunadamente, nuestras esperanzas se mezclan con la desesperación. Como vecino, la India observa la situación en el Afganistán con grave preocupación. Confiamos en que el Consejo de Seguridad preste al problema del Afganistán la atención prioritaria que merece.

Si bien de conformidad con la Carta las organizaciones regionales tienen un papel que desempeñar en el mantenimiento de la paz, la responsabilidad primordial respecto del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales incumbe al Consejo de Seguridad. Este papel del Consejo se ha visto erosionado, disminuido y subvertido por los acontecimientos de los últimos años. Esta es una tendencia inquietante que plantea muchas cuestiones intratables. En algunos casos, las organizaciones regionales pueden no tener los recursos, el mandato o la auténtica perspectiva y visión internacional para mantener la paz y la seguridad. Delegar la responsabilidad del Consejo en lo que atañe al mantenimiento de la paz en tales casos o abdicar de ella significaría simplemente crear un vacío caótico. Aun en el supuesto de que las organizaciones regionales tengan capacidad militar, carecen del carácter universal de las Naciones Unidas y pueden reflejar solamente apremios regionales o enfoques estrechos y limitados. Por consiguiente, sus acciones podrían parecer ser partidarias, a menos que tuvieran un

mandato derivado directamente del Consejo de Seguridad y funcionaran bajo su protección.

El Secretario General ha puesto de relieve en forma muy adecuada en su Memoria sobre la labor de la Organización que

“si se rechaza la primacía del Consejo de Seguridad en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, se ponen en entredicho los cimientos mismos del derecho internacional que representa la Carta.”  
(A/54/I, párr. 69)

Y ha agregado:

“No se cuenta con ninguna otra base jurídica de aceptación universal para hacer frente a actos injustificados de violencia.” (*Ibíd.*)

Entendemos que debe fortalecerse el papel del Consejo de Seguridad para autorizar y emprender operaciones de mantenimiento de la paz, cuando sea necesario, y que deben repararse y rehabilitarse las bases jurídicas universalmente aceptadas para circunscribir los actos injustificables de violencia. No podemos observar con ecuanimidad que la Carta se vea relegada ni tampoco que el Consejo de Seguridad asuma el papel de un espectador pasivo o que se apropien de su papel verdadero.

Las acciones del Consejo necesitan un mayor grado de claridad, equidad y sentido de finalidad. El Consejo tiene que transmitir la sensación de que actúa con justeza, en forma coherente y de una manera decisiva. Por ejemplo, el papel del Consejo en relación con el programa de “petróleo por alimentos” para el Iraq, de conformidad con el cual los miembros del Consejo deciden qué contratos se aprueban y cuáles se retienen, ha llevado a una situación en la que se han retenido centenares de contratos por un valor que supera los 450 millones de dólares sin una vía efectiva o independiente para mejorar la situación.

Acogemos con beneplácito el debate del Consejo de Seguridad sobre África, en el que participó la India. En el pasado, no se escucharon las alertas tempranas. Con bastante frecuencia, el Consejo de Seguridad no respondió a tiempo a las crisis africanas o no mantuvo sus compromisos con África. Sabemos que existen algunas iniciativas en vías de preparación. Apoyaríamos las operaciones en Sierra Leona y en la República Democrática del Congo y participaríamos en ellas. No se gana nada con decir que los problemas de África exigen una solución más completa con aportaciones y contribuciones de otros órganos de las



Naciones Unidas. Esto ya se ha reconocido mediante la resolución 1170 (1998) del Consejo de Seguridad, que expresó la esperanza de que la Asamblea General, el Consejo Económico y Social y otros órganos pertinentes de las Naciones Unidas y las instituciones financieras internacionales pudieran considerar la Memoria del Secretario General a fin de adoptar medidas apropiadas. La paz y la seguridad en África dependerán de un esfuerzo resuelto de carácter preventivo, de una diplomacia multilateral constructiva y de una perspectiva vigorosa de desarrollo.

La India se enorgullece de haber estado al frente de los países que contribuyen con tropas en la mayor parte de los esfuerzos de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz. Si bien apreciamos la interacción habitual e intensificada entre el Consejo y los países contribuyentes de tropas, consideramos que podría mejorarse la calidad de esa interacción. Deben realizarse consultas más amplias con los principales países contribuyentes de tropas, especialmente antes de todo cambio en el mandato de una operación.

El Consejo de Seguridad tiene la responsabilidad de reparar los problemas económicos de los terceros países afectados por las sanciones que él dispone. Aunque esta cuestión se ha discutido en la Sexta Comisión durante muchos años, no se ha logrado un progreso tangible. Confiamos en que el Consejo ha de adoptar una actitud positiva para resolver el problema y en que ha de existir una mayor voluntad política que dé vigencia al Artículo 50 de la Carta. El mandato del Artículo 50 es que los Estados afectados por medidas preventivas o coercitivas que el Consejo de Seguridad haya adoptado contra otro Estado tienen el derecho de consultar al Consejo, el cual tiene entonces la obligación de encontrar una solución justa para el problema.

Existe una paradoja extraña. Mientras que algunos están haciendo intentos de quitar al Consejo de Seguridad su papel relativo al mantenimiento de la paz, que es su responsabilidad de conformidad con la Carta, él da muestras de una tendencia a asumir por sí mismo un papel sumamente activo, y ocasionalmente no tan objetivo, en una serie de áreas como los derechos humanos, el desarme o el derecho internacional humanitario. Esta distinción tan poco clara entre los papeles que incumben a diferentes órganos u organismos puede crear una confusión contraproducente y conflictos de jurisdicción, que es mejor evitar.

Las Naciones Unidas encarnan una visión que describe el deseo de la humanidad de tener un nuevo destino. Tenemos que fortalecer esa visión. Tenemos que reconstruir y dar nueva forma a las estructuras y a las modalidades de los procedimientos de esta Organización para traducir esa visión

en una realidad viviente que brinde a las Naciones Unidas un nuevo ímpetu en los umbrales del siglo XXI. Tenemos que recordar que la paz es un concepto realmente espléndido, como lo explicaban los sabios y los videntes de la antigua India, quienes proclamaron que la humanidad es una familia, y que la búsqueda de la paz en el espacio interior y exterior de la conciencia y de los empeños humanos pasa por los conceptos de orden social, científico, económico, religioso, político y ecológico y llega hasta los de carácter ético y espiritual. La libertad, la paz y la justicia, aunque entrelazadas, tienen una dimensión de seguridad, y esta dimensión de seguridad se ha encomendado al Consejo de Seguridad para salvar a las generaciones venideras de los flagelos de la guerra, de la violencia y del derramamiento de sangre. Estoy seguro de que el Consejo de Seguridad será un instrumento para cumplir nuestra esperanza optimista y nuestra firme determinación en el siglo XXI.

Esperamos que el Consejo preste debida consideración a las observaciones constructivas que se han ofrecido hoy en esta Asamblea y las refleje en sus trabajos, en su enfoque de los problemas, en su reestructuración y en su próximo informe. En el éxito del Consejo de Seguridad estriba la posibilidad de éxito del gran experimento humano y de la empresa de solidaridad que son las Naciones Unidas.

**Sr. Petrella** (Argentina): En las cuestiones relativas a los métodos de trabajo del Consejo de Seguridad y, en particular, en los temas de transparencia, la Argentina tiene el honor de mantener una estrecha coordinación con la delegación de Nueva Zelanda, la cual me ha anunciado que se asocia a lo expresado en esta intervención.

El Embajador Sergey Lavrov, de la Federación de Rusia, ha presentado a esta Asamblea General el informe del Consejo de Seguridad contenido en el documento A/54/2. Agradecemos su intervención en su condición de Presidente del Consejo de Seguridad.

Nuestro compromiso con el incremento de la transparencia de los métodos de trabajo del Consejo es conocido. Me queda reiterar que estamos a disposición de todos los países Miembros que no están integrando dicho órgano para seguir avanzando hacia ese objetivo, que es esencial para el proceso de reforma de la Organización.

Los últimos acontecimientos en materia de procedimientos del Consejo de Seguridad ponen a la Presidencia en un lugar clave. La Presidencia es la encargada de informar diariamente a los demás Miembros de las Naciones Unidas y a los medios de difusión. También es responsable por la presentación y el contenido de las evaluaciones mensuales

que aparecen en la adición al informe que estamos considerando. Es el Presidente del Consejo quien recibe el mandato de entrevistarse con los representantes de los demás países de las Naciones Unidas. Esa delegación de responsabilidades en la Presidencia brinda garantías adicionales de transparencia porque supone la identificación de un responsable del deber de informar.

Los cinco miembros permanentes, después de reunirse con el Secretario General, emitieron una declaración el 23 de septiembre pasado, en la cual sostienen que cualquier intento de retringir su derecho de veto será inconducente para el proceso de reforma del Consejo de Seguridad. Sin embargo, hoy hay que asumir que la práctica del veto, tal como la entienden los miembros permanentes, resulta incompatible con la voluntad de la enorme mayoría de los Miembros de las Naciones Unidas. Si esto no es realmente comprendido, los esfuerzos para reformar los métodos de trabajo del Consejo no tienen un gran futuro.

El informe indica que en el período bajo examen tuvieron lugar más de 50 reuniones de países contribuyentes de tropas. Nos complace constatar los buenos resultados de la iniciativa de institucionalizar estas reuniones, impulsada, entre otras, por las delegaciones de Nueva Zelandia y la Argentina desde 1994. Esperamos que esta práctica, plasmada en las declaraciones presidenciales de 3 de mayo y 4 de noviembre de 1994 y de 28 de marzo de 1996, continúe beneficiando a los países que contribuyen con personal para el cumplimiento de los mandatos del Consejo de Seguridad. No compartimos las objeciones basadas en una pretendida escasa asistencia a esas reuniones. Su propósito fue y es el brindar a los países contribuyentes de tropas un ámbito en el cual puedan plantear sus inquietudes. Igual valoración nos merecen las críticas a las reuniones informativas para los no miembros del Consejo de Seguridad basadas en esos mismos argumentos.

La lectura de los párrafos iniciales del informe permite confirmar que más de dos tercios del trabajo del Consejo tiene lugar en las denominadas consultas oficiosas, a las que hasta el momento se ha negado el acceso a los países que no lo integran. Sin embargo, no existen razones para privar permanentemente a esos países del derecho a participar de las denominadas consultas oficiosas sobre la base de lo establecido en los Artículos 31 y 32 de la Carta. Ese derecho de aquellos países cuyos intereses estén afectados por la discusión de una cuestión llevada a la atención del Consejo de Seguridad a participar en las consultas oficiosas fue largamente debatido este año dentro del Grupo de Trabajo sobre documentación y procedimientos. El proyecto de informe de ese Grupo todavía no ha podido ser adoptado

por el Consejo porque algunos de sus miembros no aceptan que por lo menos quede aclarado que no hubo acuerdo respecto de la participación de países no miembros del Consejo y de representantes de los organismos internacionales en consultas oficiosas.

En varias ocasiones hemos destacado que la Argentina comprende la utilidad de ese tipo de consultas. Creemos que son lo suficientemente importantes y frecuentes como para que se justifique regular su procedimiento para garantizar su funcionamiento sobre bases objetivas. Las reuniones formales cerradas, como la que se empleará en la próxima semana para escuchar a Jacques Klein, Representante Especial del Secretario General para Bosnia y Herzegovina, pueden constituir un mecanismo válido de participación de países no miembros del Consejo. También es un mecanismo válido el tipo de sesión oficial abierta en la que escuchamos al Presidente Chiluba, de Zambia, y fuimos escuchados por él, y en la que hubo actas y presencia de los medios.

Reiteramos nuestra reticencia a emplear otro tipo de fórmulas para que el Consejo de Seguridad se comunique con representantes de gobiernos. Tal como lo han explicado oportunamente el Embajador Arria, de Venezuela, y varias delegaciones, incluida la nuestra, la fórmula que lleva ese nombre no es la adecuada para ese fin. La "fórmula Arria" es un mecanismo innovador y útil para que el Consejo establezca contactos realmente informales y sin actas con personas u organizaciones cuya actividad puede ser relevante para los temas del programa. El que haya sido utilizada para escuchar a cancilleres o ministros de Estados Miembros no refleja la intención y el espíritu de la fórmula diseñada por el Embajador Arria, e implica una inacción del Consejo para pensar ahora mecanismos de diálogo dentro de los límites de sus reglas de procedimiento.

Las reuniones abiertas a los demás países Miembros son también el ámbito al que podrían recurrir el Secretario General, sus representantes y altos funcionarios de la Organización. Paulatinamente vamos logrando que esos informes orales dejen de darse en consultas oficiosas a las que se les niega el acceso a los demás Miembros de las Naciones Unidas.

La influencia que se ha ejercido desde esta Asamblea General ha dado resultados. Recordemos que las mejoras hechas en el informe fueron decididas por el Consejo a continuación de la aprobación de la resolución 51/193 por parte de esta Asamblea General. Paso a paso lograremos mejorar los procedimientos del Consejo de Seguridad y adecuarlos a los principios democráticos. Somos optimistas

porque la intransigencia en estos temas parece cada vez menos viable.

Por último, rendimos homenaje aquí a los funcionarios de las Naciones Unidas fallecidos o agredidos en el cumplimiento de actividades que el Consejo de Seguridad les ha encomendado. Creemos que el Consejo no debe desentenderse de esas tragedias, y debe estudiar medidas enérgicas para ponerles fin. Las palabras pronunciadas por la Vicesecretaria General, Sra. Louise Fréchette, el 14 de octubre pasado en la Asamblea son elocuentes y necesitan respuesta.

Finalmente, felicitamos y damos la bienvenida a las delegaciones de Bangladesh, Jamaica, Malí, Túnez y Ucrania, que han sido elegidas para integrar el Consejo de Seguridad en el próximo bienio.

**Sr. Mra (Myanmar) (*habla en inglés*):** Quiero unirme a los oradores anteriores para dar las gracias al Representante Permanente de la Federación de Rusia, Presidente del Consejo de Seguridad en el mes de octubre de 1999, por presentar el informe del Consejo de Seguridad. Todos los Miembros de esta Organización asignan gran importancia a la labor del Consejo de Seguridad, y el informe anual es un mecanismo útil para mantener informados a los Miembros en general de las actividades y decisiones del Consejo. La Carta de las Naciones Unidas establece en su Artículo 15 que la Asamblea General recibirá y considerará informes anuales y especiales del Consejo. Esta disposición constituye el nexo más importante entre la Asamblea, que es el único órgano integrado por todos los Miembros, y el Consejo de Seguridad, que actúa en nuestro nombre.

Si bien ambos órganos principales tienen a cargo mandatos diferentes y concretos, cada uno, en la forma que le es propia, atiende los intereses de todos los Miembros. Como herramienta útil para mantener informados a los no miembros de la labor del Consejo, el informe debe reflejar las circunstancias objetivas en torno al examen de los diversos temas que figuran en el programa del Consejo. Por lo tanto, nos sentimos alentados por las mejoras progresivas introducidas durante los últimos años en los informes del Consejo, incluido el que examinamos ahora.

Pasando al informe que tenemos ante nosotros, nos complace ver un nuevo apéndice que contiene los informes anuales de los comités de sanciones. Es una medida muy oportuna el ofrecer una cobertura más amplia de la labor de los órganos subsidiarios del Consejo. También nos complace observar la continua inclusión de las evaluaciones mensuales preparadas por los Presidentes sucesivos del Consejo.

Seguimos opinando que esas evaluaciones contribuyen a una mejor comprensión de las consideraciones que pesaron en la aprobación de las importantes resoluciones sobre las múltiples cuestiones que figuran en el programa del Consejo. Aunque esas evaluaciones son voluntarias y no representan necesariamente las opiniones del Consejo en su conjunto, proporcionan información útil y valiosa acerca de la manera en que se desarrollan las consultas oficiosas, en las que generalmente se examinan las importantes decisiones que debe tomar el Consejo, y por lo tanto ofrecen una perspectiva que complementa el informe de modo eficaz. La inclusión en el informe de este año de las declaraciones que formularon los sucesivos Presidentes a la prensa tras las consultas plenarias en el Consejo acrecienta el valor de estas evaluaciones. Somos de la opinión de que estas evaluaciones deberían ser obligatorias. Entretanto, instamos a los Presidentes del Consejo a mantener esta práctica positiva.

Si bien creemos que sigue habiendo algunos aspectos del informe que es necesario mejorar, consideramos que las mejoras hechas hasta el momento en el formato y contenido del informe son pasos importantes para dar una mayor transparencia a la labor del Consejo. La apertura y la transparencia son particularmente importantes para un órgano como el Consejo de Seguridad, que se ocupa de cuestiones vitales, a saber: la paz y la seguridad internacionales. Consideramos que es derecho de la comunidad internacional el estar adecuadamente informada, por conducto de todos los mecanismos posibles, sobre lo que el Consejo hace en su nombre.

Al respecto, queremos reiterar la opinión —expresada durante el último período de sesiones de la Asamblea General acerca del mismo tema— de que el Consejo debe presentar informes especiales a la Asamblea sobre ciertos temas importantes. Nos sentimos alentados cuando el Consejo decidió considerar formas para mejorar la documentación y los procedimientos del Consejo, incluido el suministro de los informes especiales previstos en el párrafo 3 del Artículo 24 de la Carta. Queremos alentar al Consejo a dar seguimiento a esta decisión importante con medidas concretas que acrecienten la transparencia de las tareas del Consejo. Consideramos que debe haber continuidad y permanencia en las medidas destinadas a ofrecer mayor transparencia y apertura. Mi delegación respalda totalmente los mecanismos y las prácticas establecidos para lograr tal fin. Pensamos que estos esfuerzos fomentarán no sólo la eficiencia y la eficacia del Consejo, sino también su credibilidad.

Al examinar el informe del Consejo, mi delegación desea hacer algunas observaciones sobre varios aspectos de la labor del Consejo. Según lo demuestra el creciente número de reuniones oficiales y oficiosas celebradas, así como de las resoluciones aprobadas, el Consejo tuvo un programa sumamente recargado y un año lleno de acontecimientos. Nos han preocupado los acontecimientos desarrollados en ciertas zonas del mundo que pusieron a prueba no sólo la eficacia sino también la credibilidad del Consejo. El Consejo se vio marginado de esos acontecimientos y no pudo desempeñar el papel que le incumbe en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. También observamos con cierto malestar la insistencia en buscar una solución a la crisis que se desarrolla en los Balcanes exclusivamente mediante el mecanismo de una organización regional. Si bien conocemos los éxitos de algunas organizaciones regionales y su papel cada vez más activo en la labor del Consejo de Seguridad en los últimos años, especialmente en cuanto a la imposición de la paz, las acciones de las organizaciones regionales, en nuestra opinión, deben tener un mandato claro y no deben dejar de lado al Consejo de Seguridad si queremos que siga siendo eficaz el sistema multilateral de mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. No debe menoscabarse la responsabilidad primordial del Consejo. Obrar de manera diferente, aun cuando existieren razones de peso para hacerlo, no sería defendible ni política ni legalmente.

Vemos con agrado que el Consejo haya realizado debates acerca de otros temas no relacionados con situaciones de crisis, tales como los niños y los conflictos armados y la protección de los civiles en los conflictos armados, entre otros. El examen de estos temas como parte de la tarea del Consejo nos parece una práctica saludable que merece todo nuestro apoyo. Esperamos que esos debates temáticos incrementen la capacidad del Consejo para abordar las complejas causas de las crisis que figuran en su programa. Nos complace ver que desde hace relativamente poco tiempo esos debates se han convertido en una parte importante del programa del Consejo y que los Estados Miembros han participado activamente de ellos.

Quiero referirme especialmente a la amenaza que representan los actos terroristas internacionales para la paz y la seguridad. Esos actos terroristas generalmente no discriminan entre personas y, por lo tanto, ponen en peligro no sólo las vidas de quienes son sus blancos específicos sino también vidas inocentes. Así, estos actos cobardes se han convertido en una fuente de amenaza a la paz y la seguridad. Por lo tanto, la aprobación de la resolución 1189 (1998) del Consejo es una medida muy adecuada. También es alentador que por medio de esa resolución el Consejo

ponga de manifiesto su decisión de eliminar el terrorismo internacional. Estamos convencidos de que sólo mediante la cooperación entre los Estados será posible tomar medidas prácticas y efectivas para prevenir los actos de terrorismo.

Verdaderamente apreciamos el valor de los debates temáticos que contribuyen a la labor del Consejo. Sin embargo, ello no significa necesariamente que esos debates permitan que el Consejo se ocupe de esferas relacionadas con cuestiones o problemas que no contempla la Carta. A este respecto, las disposiciones de la Carta son sumamente claras. El Artículo 24 confiere al Consejo de Seguridad la responsabilidad primordial por el mantenimiento de la paz y la seguridad y declara que “el Consejo de Seguridad procederá de acuerdo con los Propósitos y Principios de las Naciones Unidas”. Esperamos que al cumplir con sus labores fundamentales el Consejo se abstenga de extender su mandato más allá de lo definido en la Carta y continúe concentrándose ante todo en mantener la paz y la seguridad internacionales.

Además, nos parece que las medidas adoptadas por el Consejo, sobre todo las que entrañan el uso de la fuerza o de elementos militares, han de conformarse a los principios del derecho internacional y tener en cuenta el principio del respeto de la soberanía. También es de vital importancia que las medidas que incluyen elementos militares no sean en la práctica una forma de injerencia en los asuntos que corresponden exclusivamente a la jurisdicción interna de los Estados.

La Asamblea General ha adoptado diversas medidas para fortalecer su vínculo con el Consejo de Seguridad. Recuerdo en particular las resoluciones 47/233, 48/264 y 51/193. Por otra parte, el Consejo de Seguridad, en respuesta, ha tomado muchas medidas valiosas. Como resultado, el proceso de interacción entre los dos órganos, con el fin de fortalecer el desempeño de las Naciones Unidas, ha adquirido un gran ímpetu, como lo demuestran las mejoras en el formato y el contenido de los informes anuales del Consejo, así como su presentación puntual a la Asamblea General. Nos parece importante no perder ese ímpetu. Esperamos que mediante estos esfuerzos de ambos órganos tengamos un Consejo más transparente, abierto, y responsable ante todos los Miembros de las Naciones Unidas, en cuyo nombre actúa.

**Sr. Francese (Italia) (*habla en francés*):** Sr. Presidente: Me complace especialmente dirigirme esta tarde a la Asamblea bajo su Presidencia.

(*continúa en inglés*)

En primer lugar, quisiera felicitar al Representante Permanente de la Federación de Rusia, Embajador Sergey Lavrov, Presidente del Consejo de Seguridad durante el presente mes, por su presentación clara, detallada y precisa del informe anual del Consejo de Seguridad a la Asamblea General. Deseo también extender mis felicitaciones a la Secretaría y a su personal por el magnífico trabajo que han realizado en la preparación del documento. Mi delegación reconoce también los esfuerzos que los miembros del Consejo de Seguridad desplegaron en favor de la paz y la seguridad internacionales. Me parece especialmente adecuado hoy expresar nuestros sentimientos de agradecimiento más sinceros y nuestros mejores deseos a los nuevos miembros elegidos para el bienio 2000–2001. Italia está segura de que Bangladesh, Jamaica, Malí, Túnez y Ucrania contribuirán con nueva energía, mayor creatividad y mejor representatividad al órgano supremo de las Naciones Unidas, un órgano que recibe un gran beneficio de la rotación frecuente y regular de sus miembros.

Italia ha destacado repetidamente que la discusión del informe del Consejo de Seguridad en la Asamblea General es esencial para asegurar una coordinación e interacción eficaces entre el Consejo y la Asamblea, de acuerdo con las disposiciones del Artículo 15 de la Carta. Para ello, el informe debe dar una imagen analítica, completa y realista del trabajo del Consejo. Aunque se ha hecho mucho durante los últimos años en ese sentido, queda aún mucho por hacer.

El año pasado, en esta misma ocasión, Italia elogió los cambios hechos en el formato del informe, por ejemplo la inclusión de una quinta parte dedicada a los órganos subsidiarios del Consejo, como los comités de sanciones y los Tribunales para la ex Yugoslavia y para Rwanda. Haría mal si no expresara nuevamente este año nuestro agradecimiento por esta serie de excelentes documentos, que ha mejorado, a nuestro parecer, con la inclusión de los informes anuales de los comités de sanciones. Es alentador ver que el Consejo ha convertido casi en una práctica usual la distribución de un documento acerca de la tarea del Consejo al finalizar cada Presidencia, con la única excepción del crucial mes de mayo de 1999. Sin embargo, en lugar de una lista descriptiva de decisiones, declaraciones y resoluciones, quisiéramos que el informe contuviese, más bien, un análisis profundo y una evaluación realista de las cuestiones que incumben a las actividades del Consejo.

Por ejemplo, el año pasado propusimos que el informe se mejorara mediante el suministro de más información detallada sobre las reuniones con los países que aportan contingentes. Por ello, si bien el informe merece nuestro

elogio como herramienta útil de referencia y de valor indudable para las tareas de nuestras misiones, resulta difícil afirmar que proporciona a la Asamblea General un instrumento para el examen exhaustivo de la labor del Consejo de Seguridad.

Para que sea posible esa evaluación, la Asamblea necesitaría no sólo copias de las decisiones y resoluciones del Consejo, sino también indicaciones de fondo sobre las deliberaciones que llevaron a su aprobación. El informe debería resumir los debates del Consejo sobre las zonas de crisis, las tensiones regionales, las emergencias humanitarias y otros temas cruciales para la paz y la seguridad internacionales, incluidas la seguridad humana y la estabilidad regional y mundial. Deberíamos contar no sólo con los textos de las resoluciones que se aprobaron, sino también con la información pertinente sobre el proceso de adopción de decisiones que llevó a su aprobación o que impidió que se aprobaran otras resoluciones. Todos sabemos lo que se hizo, pero no siempre sabemos lo que no hizo el Consejo de Seguridad. Sin ese tipo de información no tenemos forma de saber si el Consejo ha expresado su pleno potencial o simplemente se ha esforzado por contener las divisiones en su seno.

Al examinar el informe no podemos evitar prestar atención nuevamente a la cuestión de la transparencia y de los métodos de trabajo del Consejo de Seguridad.

El Artículo 24 de la Carta de las Naciones Unidas afirma que los Miembros de la Organización

“confieren al Consejo de Seguridad la responsabilidad primordial de mantener la paz y la seguridad internacionales, y reconocen que el Consejo de Seguridad actúa a nombre de ellos al desempeñar las funciones que le impone aquella responsabilidad.”

Al aceptar la Carta y sus disposiciones, los Estados Miembros no renunciaron a su papel de ocuparse de la seguridad mundial. Sencillamente, por razones de conveniencia y rapidez, delegaron en el Consejo la responsabilidad primordial de evaluar los peligros que surgieran y de tomar medidas en forma inmediata a fin de reprimirlos, actuando siempre en representación de la totalidad de los Miembros de las Naciones Unidas.

Así, creemos que, como regla general, el Consejo de Seguridad debe convocar sesiones oficiales públicas. Además, el Secretario General y otros altos representantes de la Secretaría podrían, en principio, presentar sus exposiciones e informes en reuniones abiertas a todos los Estados Miembros.

bros. Encomiamos el hecho de que hubiera un mayor número de reuniones oficiales durante el año que examinamos que en los 12 meses anteriores. No obstante, todavía es necesario que se tomen medidas para garantizar que dichas reuniones no se consagren sólo a la aprobación ritual de documentos o al debate de cuestiones de importancia pero de menor urgencia. A más de 170 países se les informa sobre las deliberaciones del Consejo sólo después de que éstas se han realizado, y luego, obviamente en forma intermitente e incompleta, mediante información de segunda o tercera mano que se transmite de una misión a otra.

La paz y la seguridad internacionales constituyen bienes comunes que no pertenecen exclusivamente a un Estado Miembro, ni tampoco a aquellos que integran el Consejo de Seguridad. Los miembros permanentes y los no permanentes del Consejo deben responsabilizarse por las posturas que adoptan con relación a las cuestiones importantes que se les han encomendado. Sería mejor que se atendiera esa responsabilidad con una presentación más analítica y exhaustiva del informe, la que permitiría, entre otras cosas, que los Estados Miembros realizaran una verdadera evaluación de hasta qué punto el proceso de adopción de decisiones del Consejo de Seguridad refleja lo establecido en las resoluciones de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad.

El informe del Consejo de Seguridad abarca desde junio de 1998 a junio de 1999, período caracterizado por numerosas crisis a las que la comunidad internacional consideró que debía responder. Permítaseme señalar que —aunque las amenazas a la paz y la seguridad internacionales, donde quiera que surjan, deben afrontarse en forma ecuánime con la óptima capacidad del Consejo de Seguridad— son África y las diversas crisis regionales en ese continente las que, en última instancia, constituirán la prueba de fuego de la eficacia de las Naciones Unidas. Estamos firmemente convencidos de que, en lo que respecta a África, el Consejo de Seguridad tendrá que desplegar en mayor medida su perspicacia política y su determinación de actuar. La experiencia del pasado ha de guiarnos hacia un futuro mejor.

Se ha observado que en los últimos meses los acontecimientos de Kosovo demostraron una falta de unidad entre los miembros del Consejo que impidió que las Naciones Unidas desempeñaran desde el comienzo un papel significativo en una importante crisis humanitaria. Como el Ministro de Relaciones Exteriores Lamberto Dini declaró en su discurso con ocasión de la apertura del quincuagésimo cuarto período de sesiones de la Asamblea General:

“deben evitarse las situaciones sin salida y la parálisis que ocasiona el veto, haciendo que hasta los Estados más fuertes estén sujetos a un sistema de reglas [de comportamiento] y principios [políticos si no legales].” (A/54/PV.8, pág. 22)

Italia sigue profundamente comprometida con la reforma del Consejo de Seguridad sobre la base de la experiencia de los últimos años, que ha demostrado que la capacidad del Consejo para abordar las crisis internacionales en forma rápida y eficaz está regulada por el veto o por la mera amenaza de su utilización.

Todos reconocemos que para atender los nuevos y múltiples desafíos relativos a su responsabilidad institucional nuestra Organización necesita adaptarse. En este contexto, la reforma del Consejo de Seguridad constituye un elemento crítico. Es necesario que el Consejo sea más representativo, democrático y transparente. Todas las agrupaciones regionales y sus miembros deben sentirse adecuadamente reflejados en la composición del Consejo de Seguridad y en sus actividades. No es preciso subrayar la importancia de que cada Estado Miembro esté verdaderamente convencido de que el Consejo es inmediatamente responsable y sumamente eficaz; esta es la forma principal de garantizar que las Naciones Unidas posean medios, arbitrios y voluntad política para lograr los elevados

objetivos de mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

*Se levanta la sesión a las 18.25 horas.*